

PRÓLOGO

CIUDADELA DE LA ROSA BLANCA *Año 5.807; el Año de la Destrucción*

Con un rugido sobrenatural, surgido de cien bestiales gargantas, el descomunal ariete se lanzó contra las doradas puertas de la Ciudad de las Rosas. Desde las fortificadas almenas, los orgullosos defensores hicieron llover flechas contra los atacantes, desencadenaron la magia más poderosa que conocían, pero nada detuvo el infernal camino de la inmensa máquina de guerra. Un sólo golpe de la cabeza, tallada en forma de dantesca cabeza de demonio, hizo saltar en astillas la madera y fundió el oro mágico que reforzaba las defensas. Al apagarse el trueno de la explosión una imparable oleada de impíos guerreros inundó las hermosas calles de la asediada ciudad. La marea de capas negras y rojas armaduras barrió las avenidas y pisoteó los jardines, incendió las primeras casas, y mancilló los templos con su insaciable sed de muerte. Mientras en los cielos una descomunal tormenta se formaba, cientos de desalmados guerreros bestiales gritaron deseosos de matanza.

Ante ellos, serenos y tranquilos en la seguridad de su destino, se desplegaron los últimos defensores. Valientes soldados de brillantes armaduras doradas y pulcras capas blancas formaron la postrera defensa de la Torre Blanca, el último baluarte de los Poderes de Ley que quedaba en todo el continente. La guerra se extendió por entre las calles y avenidas, por los parques y plazas, por las casas y mansiones. Decenas de crueles escaramuzas se cruzaron por toda la ciudad, la lucha de los defensores era gallarda y temeraria, un desesperado canto al valor y la heroicidad. Miles de almas se elevaron a las Sagradas Salas en ese aciago día, miles de valientes nacidos que perecieron ante la más absoluta de las maldades, el más impío de los poderes. Las espadas se elevaron una y otra vez, la sangre tñió las esbeltas estatuas de la Avenida de los Reyes, y los gritos de los moribundos plagaron los Colegios Reales y las Academias de la Magia.

Tan imparable fue el avance de las hordas de la Muerte que en pocos minutos los defensores se parapetaban detrás de los cadáveres de sus compañeros a los pies de la Torre de la Rosa. Mientras las nubes rugían en el cielo y la oscuridad se adueñaba del mundo, una fina pared de luminosas capas blancas se formó rodeando la torre, baluarte





y pilar de la Vida. Entre estos fieles se hallaban guerreros llegados de todos los rincones del continente, soldados de veinte razas diferentes que jamás habían fallado en su cometido. Militares que, ahora, miraban con ojos llenos de tristeza a las enloquecidas bestias que se lanzaban una y otra vez contra ellos. Las relampagueantes espadas de los protectores repelieron una tras otra las acometidas de los vloen y de los sylaen, masacraron líneas enteras de nuimbranos, destrozaron armaduras y escudos sabiendo todos ellos que su destino era la muerte, que no había salvación para ninguno de ellos. Los sonidos de la batalla enloquecían a las bestias sin alma que se arrojaban al filo de los defensores, aullando promesas de tortura eterna, rabiosos al ver la fortaleza inexpugnable que era la fe y la voluntad de los defensores de la torre.

Pero ni la más férrea de las defensas resistiría tanto tiempo el embate de semejante poder sin flaquear. Los sylaen, maestros demoníacos, invocaron sus poderosos daertacks, y estos, demonios de figura siniestra y gigantescas fauces, se lanzaron contra los guardias. La magia reverberó entre las filas Aliadas, cuando el acero dejó paso al conjuro. Los daertacks se retorcieron bajo una lluvia de furibundo fuego y atroz hielo, de afilados rayos e hirientes huracanes. Tal fue el dominio de la magia invocada que provocó que la tierra se desgajase bajo la presión del poder en bruto, los edificios se resquebrajaron y las orgullosas torres de los palacios de los nobles se derrumbaron mientras la batalla continuaba. A una orden, las filas de los defensores se dispersaron. Formando grupos aislados, intentaron distraer a las bestiales criaturas. Todos combatían con fiereza y habilidad. La batalla se prolongó durante horas y, desde los cielos, los rayos restallaron sobre los luchadores. La tormenta se cernía imponente e impávida ante la matanza.

Por entre los atacantes, iluminado por los dispersos rayos, avanzó un nacido de alta figura, gallardo porte y mirada firme. Vestía simples ropas negras y una capa más oscura que la mismísima noche le envolvía. Sus negros cabellos se agitaban por el viento y sus rasgos, hermosos y sádicos, mostraban deleite por la masacre. Galbert, Señor de la Muerte, se encaminó a su objetivo empuñando su espada, Loarnar, la Hacedora de Viudas. Regodeándose de las incontables almas que se desperdiciaban entre las espadas y los cuchillos miró de soslayo a su alrededor. Nada vio el señor que le distrajese. Siguió avanzando, incólume al caos que le rodeaba. La Torre de la Rosa se alzó ante él por fin, una espira de prístina blancura rodeada de llamas y humo. Su altura superaba con mucho las más altas torres de todo el continente y su belleza hacia que las almas de los píos se conmoviesen al verla. Decenas de minaretes surgían en su superficie y en las alturas una rosa de



marfil se abría, formando balcones de jardines colgantes. Era el centro de la Ciudad, el alma de los defensores, último baluarte de la Ley en todo el continente. Galbert la miró de arriba a abajo con el desprecio pintado en sus delicados rasgos. A los pies de la torre una sencilla puerta de cristal daba acceso al interior, una puerta flanqueada por un pequeño estanque de nenúfares albos, protegida por los tres capitanes de los defensores.

Estos eran guerreros sabios y poderosos, capaces ellos solos de derrotar a ejércitos enteros. Su magia combinada si quiera pudo mellar en la carne de Galbert, sus armas ni le rozaron. El Señor de la Muerte era el más grande de los guerreros que nunca haya existido, poderoso entre los mortales como jamás habría sido posible. Su danza fue sencilla y elegante, su espada sesgó la vida de los capitanes, el último de los cuales cayó con rabia al suelo, sujetándose la sesgada garganta. La mirada del señor se fijó de nuevo en las alturas, luego bajó hasta el estanque y una sonrisa cruel asomó a sus labios. A su alrededor, sus tropas terminaban con los últimos nacidos que se habían tropezado en sus planes. Levantando la espada impía, Galbert invocó el poder que ostentaba e introdujo con fuerza la negra hoja entre las vivificantes aguas.

Estas bulleron y burbujearon, manaron vapores maliciosos de ellas y el fondo se transformó en negro cieno corruptor. La mancha de maldad se extendió por el agua, transformando las cristalinas aguas en oscuro icor. La suciedad se expandió a la base de la torre, creciendo entre rayos de tormenta y truenos de batalla, haciendo añicos la puerta de cristal. Galbert pasó al interior mientras la tormenta estallaba al fin, las primeras gotas de lluvia cayendo sobre la batalla. Ascendió por las escaleras mientras la torre se consumía desde los pilares, volviéndose su superficie escamosa y oleosa. A cada paso que daba, la corrupción surgía en el elegante mármol blanco, azabaches manchas de podredumbre que crecían imparables anegando la Torre de la Vida en la Muerte. El Señor de la Muerte se sentía exultante pues, después de décadas de batallas y ardidés, por fin se acercaba al desenlace de su misión. Había matado con sus propias manos a los pocos poderes de la luz que se opusieron a sus designios, él era la Muerte y se acercaba a la Vida, para aplacarla y destruirla. Su pecho se agitaba anhelante, sus ojos observaban las puertas que daban acceso a las salas donde habitaba la Señora de la Vida. Disfrutaba adelantándose a su sufrimiento, se deleitaba con su desesperación.

Con un manotazo desencajó la puerta, y con pasos decididos se paseó por la impoluta sala. Con la mirada buscó a la Señora de la



Vida. Una figura se perfilaba en uno de los ventanales. Delgada y hermosa, vestida con telas blancas y brazaes dorados, le esperaba. Con pasos decididos Galbert se acercó a la mujer. Cuando llegó a ella, la putrefacción se acercaba veloz por las paredes, ajaba los jardines y destruía el encanto del más sagrado de los lugares. La mujer abrazaba una rosa blanca y miraba al suelo, el cabello cayéndole por el rostro, sus hombros y manos temblaban ligeramente.

El Señor de la Muerte se acercó a su némesis. Por largos instantes se deleitó en su derrota, en la mancha de negra descomposición e icor que la rodeaba, cada vez más cercana a sus delicados pies. Mientras la muerte se ceñía a su destino y los hilos de la vida se escapaban, Eeilina, Princesa de las Rosas y Señora de la Vida levantó el rostro y miró con sus irisados ojos a Galbert.

Y el Señor de la Muerte no vio miedo o rabia, vio como una simple lágrima rodaba por sus mejillas. Mientras Eeilina se transformaba en una negra roca, una estatua de ónice en medio de la corrupta ciudad en llamas, Galbert vio como ella lloraba de pena por él. En silencio extendió su mano y al tiempo que las mejillas de la señora tornaban del pálido rosado al tenebroso negro recogió el señor esa lágrima derramada por él. Por primera vez desde que sintió el poder de la muerte en su sangre, Galbert miró a un nacido con miedo en las pupilas.

Las primeras gotas de lluvia se transformaron en un fuerte aguacero. Cayeron entre las llamas de mil incendios, los gritos de los salvajes y despiadados sylaen se extendieron por las murallas y la carnicería duró tres días y tres noches en los cuales el cielo lloró la muerte de la Señora de la Vida. En esos tres días Galbert, Poder de la Muerte y Señor de Todos los Ejércitos de Nuimbra, no se movió del sitio, su mano fuertemente cerrada en torno a la lágrima que su némesis, aquella a quien más odiase, había derramado por él.

ALAS GRISES

PASGUILLOM, REINO MELION

Primer Día de la Primavera; Año 6.327 del calendario Imperial

El día de primavera había llegado a los jardines de Pasguillom. Después de un invierno duro y pletórico de nieves, el dulce sol volvía a despertar a las flores con sus dorados y amorosos dedos. Los almendros del pequeño jardín aparecían tapizados con un suave velo blanco, como novias saliendo al paso de su amado; mientras los macizos de reios se llenaban de diminutos retoños violáceos y la hierba mostraba su más lustroso verde esmeralda. Los setos que rodeaban el vergel en nacimiento se veían fuertes y pareciese como si despertasen de un largo sueño, agitando las ramas a la caldeada brisa del renacimiento primaveral tan cargada de buenos presagios. El agua cantaba alegre en una pequeña fuente situada en la encrucijada de caminos de grava, mientras los niños jugaban en torno a los primeros gorriones blancos, que paraban aquí después de su largo viaje invernal para saciar su sed y recuperarse del cansancio de sus pequeñas y plateadas alas.

Todo esto lo miraba Loreena con desconsuelo desde su puesto de observación. Aprovechaba que Varea «la bruja» había tenido que salir un momento para acercarse al balcón de su despacho y morirse de envidia por los juegos de los niños. Con un esfuerzo sobrehumano se separó del agradable aroma de las flores y de los vivificantes rayos del astro rey y miró la anodina oficina en la que se encontraba.

No es que Varea, a la cual todos llamaban «la bruja» por su horrible temperamento y esa enorme verruga que sobresalía de manera antinatural de su afilada nariz, tuviera mal gusto. Es que sencillamente era espartana. La sala ocupaba unos limpios doce metros cuadrados y su planta era un perfecto cuadrado. Una sencilla mesa de despacho, grande y monstruosa, ocupaba la pared del exterior, donde se hallaba ahora Loreena. Al otro lado de la mesa, en cuyos cajones guardaba papeles y documentos, además de una botella de fuerte y pálido licor de las lejanas tierras de Harond, se veían dos diminutas sillas de sencillo estilo melion. Comparadas con el enorme sillón de cuero que servía de trono a Varea, éstas parecían dos indefensos ratoncillos temblando de miedo delante del gato. Más allá sólo se podía ver un enorme fichero de cobre batido que llegaba al techo y ase-





mejaba una antigua columna que a duras penas sujetase el techo. Y ya está. Loreena recordaba que de pequeña, cuando subía a este despacho, le parecía enorme y oscuro, y soñaba que entraba en la cueva de una terrible bruja, y siempre lloraba.

Unos pasos sobre la madera del pasillo le pusieron sobre aviso. «La bruja» se acercaba. La amplia falda de la joven revoloteó por el aire cuando se deslizó con rapidez por el gastado borde de la mesa y se sentó en la silla con el corazón latiéndole deprisa en las sienas. La larguirucha puerta de la sala se movió con un ligero estremecimiento y Loreena se dispuso a modificar su rostro en una ensayada mueca de contrición y pena. Con pasos seguros, que según Irreana, la mejor amiga de Loreena, se parecían a los de su padre, sargento de la Guardia Imperial, Varea pasó a su despacho. Portaba un enorme fajo de papeles viejos y apergaminados firmemente sujetos al pecho con ambos brazos, como si temiese que alguna mano invisible se los arrebatase. De una simple mirada reconoció el terreno, su territorio, y al comprobar que nada había cambiado se dirigió al sillón con el mismo paso de disciplinado militar.

Era alta y delgaducha cual vara de fresno y siempre vestía de negro por la muerte de su madre, fallecida un verano de hace doce años. Lucía una mueca de perpetuo disgusto en su huesudo y alargado rostro de piel gris y apergaminada, como si al observar el mundo desde su alta atalaya de perfección moral no encontrase nada que le gustase. Los ojos eran negros y duros, la nariz recta y afilada y la boca pequeña, de labios delgados. Todo ello enmarcado por un pelo negro y recogido en un eterno moño alto, el cual, estaba segura Loreena, no deshacía ni para dormir. Pero lo que más destacaba era la verruga. Respingona y desafiante se colocaba insolentemente en la punta de la regia nariz. Era tema de conversación de todas sus alumnas. Y, todas sin excepción, determinaban de manera solemne que la única razón plausible para la existencia de tamaña protuberancia nasal era porque Varea era una bruja.

Con rapidez se situó en su sillón mientras se arremolinaba la larga falda entorno a sus tobillos. Disgustada, como siempre, dejó caer los papeles encima de la mesa con suficiente fuerza como para formar una buena nube de polvo. Loreena se preguntó de dónde los habría sacado. Miró por encima de ellos, dejando que la nube de polvo se aposentara. Notó, en una segunda y más atenta mirada que los papeles eran viejos pergaminos ajados y polvorientos, seguramente sacados de lo más profundo de un olvidado archivo. Era un mogote de más de veinte y estaban atados por una cinta roja descolorida por el tiempo. Enarcando una ceja Varea la fulminó con una mirada penetrante e



inquisidora, de las que aterrorizaban a sus alumnas, pero que a Loreena, tras haberla sufrido incontables veces, ya no la afectaba.

—¿Qué es lo que voy a hacer contigo, Loreena? —la seca y rasposa voz de Varea le pareció sumamente cansada y una punzada de verdadero remordimiento afloró a los ojos de la joven kenion—. Esta es la tercera vez que te veo aquí en menos de un mes. Y no es que sea de mi agrado, te lo aseguro, pero nunca hemos tenido una chica tan rebelde como tú. Dime ¿Qué es lo que tienes que alegar ahora?

La verdad es que no mucho, pensó Loreena, recordando esta mañana. Se encontraba en la clase de diplomacia y cortesía. Una de las más aburridas de todo el tercer curso. Había llegado tarde y a todo correr ya que se quedó dormida. La noche anterior recibió un libro de las aventuras de Lady Kereena, la heroína más famosa del Gran Imperio Melion. Se lo entregó Garich, un joven mozo que trabajaba en la intendencia y que le entregaba esos hermosos tesoros encuadernados en curtido cuero negro. Una vez que todos se habían acostado ella encendió el pequeño sebo que hurtó de la alacena y se puso a leerlo furtivamente. Tanto le encandiló el libro, narrando la lucha de la pelirroja mujer contra los worjs de las Montañas Doradas, que hasta que la última luna no se había ocultado no se quedó dormida.

Y en esa primera hora de la profesora Heena, con su pesada y monótona voz... Pues que, sencillamente, se quedó medio dormida, o quizás dormida del todo, no lo recordaba bien. Ya tenía práctica en ello. Se quedaba en la última fila, cerca del colgante plano del Imperio. Se reclinaba en el brazo de la incómoda silla de estudios, que parecía sacada de un manual de tortura y, con una pasmosa facilidad, se ensoñaba con los relatos que tanto le gustaban. Recorría las más peligrosas rutas de las Fronteras Salvajes y participaba en las más cruentas y encarnizadas batallas épicas, realizaba difíciles conjuros de increíble poder. Con su mágica espada acometía las más heroicas hazañas y luchas, y, por fin y en resumen, salvaba a todo el mundo civilizado de las maléficas hordas de los Nuimbranos.

En esta fatídica clase estaba luchando a capa y espada en las estribaciones de las orientales Montañas Doradas contra esos asquerosos worjs. Peleaba junto a la heroína de leyenda de brillante armadura y hechizada espada llamada Herjtur. Los malditos worjs, bípedos de asquerosa piel negra y pulida, con rostros demoníacos, les rodeaban por todas partes y Kereena se batía en terrible duelo con el mayor de ellos, Wuuarg, su cacique más poderoso.

En ese mismo instante, la profesora, con su generosa redondez sentada en su mesa, acababa de ilustrar un ejemplo de diplomacia



ywen. El caso era que un grupo de ywens errantes llegaba a un alcázar del reino, uno de ellos terriblemente herido por una caída de caballo. Sencillo era el ejemplo y sencilla fue la pregunta de la oronda Heena: ¿Cuál sería el tratamiento que se les tendría que dar en dos casos, primero si fuesen simples mercaderes y en segundo término, si fuesen un noble ywen y su escolta? La pregunta voló certera en dirección a la soñadora Loreena, cual flecha mortal. Al ver que no reaccionaba ante la cuestión, Heena estrechó sus verdes y saltones ojillos. Y repitió la interpelación. Como seguía sin reanimarse, Ireana, que pese a ser la mejor amiga de Loreena a veces hacía unas cosas de lo más inoportunas, le dio un codazo. Loreena despertó de un susto en la parte más interesante de la batalla con un solidario grito para con su soñada heroína:

—¡Así, dale una buena patada en los co...!

—No, no tengo perdón —se disculpó Loreena con voz tímida, como la de los gorrioncillos al despertar. Varea puso los ojos en blanco. Después la miró con desesperación.

—¿Qué es lo que voy a hacer contigo Loreena? —repitió «la bruja», pero en esta ocasión no había cansancio en su voz, sino la profunda energía del volcán en erupción. Loreena se encogió en la silla dispuesta a recibir con estoicismo el cruel chaparrón—. No puedes seguir así. Ya eres una señorita. Esos libros que lees son para niños. Debes concentrarte en tus estudios o no acabarás este año. Y eso sería una vergüenza para tu familia. Piensa alguna vez en los demás. En los que te quieren de verdad. A tus padres les está costando un verdadero esfuerzo el pagar la escuela para que puedas salir bien preparada para el mundo. Piensa en lo defraudados que se quedarían si todo su esfuerzo se perdiera por culpa de su irresponsable hija pequeña. Tus notas han descendido en este último trimestre de una manera alarmante.

Loreena se sabía este discurso de memoria. Le parecía que había estado toda su vida escuchándolo. Pero ella no tenía la culpa de que no le gustasen las tediosas clases. No había pedido su ingreso en la Escuela Real de Diplomacia. Quería ser como su hermano mayor. Norich había ingresado en la Escuela de Guardias hacía cinco años y ahora era un hábil cabo en un regimiento del Rey. Él hacía prácticas con su espada y aprendía el arte de la batalla. Ella tenía que entretenerse con ywen nobles heridos por una caída de caballo. Le parecía absurdo. El hilo de sus pensamientos fue repentinamente cortado por Varea que se había levantado para acercársele amenazadora.



—¿Me atiendes? —Chilló esta—. ¿No? —Loreena no pudo más que poner sonrisa tonta. Pero esto pareció enfurecer más a «la Bruja». Agarrando los papeles se los tendió a la desaplicada estudiante, como si esgrimiese una mortífera arma—. Ahora mismo bajarás a la biblioteca y me vas a copiar el Tratado de las Tres Manos cinco veces señorita. Y hasta que no termines no podrás salir—. La chiquilla cogió los papeles, asustada más allá de su propia comprensión. El trabajo asignado representaba más de ocho horas, lo que significaba que se perdería el Festival de la Primavera. Loreena fue a quejarse desesperada, pero la mirada de Varea, que lanzaba rayos cual vengativo dios del Caos, le impuso un sumiso silencio. Cerrando los ojos para contener las lágrimas, asintió con tristeza. Como uno de sus derrotados héroes de novela se retiró con una torpe reverencia. Pero al igual que ellos juró volver triunfante al despacho, algún día. Lentamente cerró la puerta y salió corriendo por el largo pasillo, el cual tenía el frío del invierno todavía cogido fuertemente en los huesos de color blanco de sus paredes.

Con pasos rápidos y recogiendo la falda y las enaguas bajó las escaleras. Las bibliotecas, cinco en total, estaban en el primer subterráneo. Y en el nivel en el que ellos estudiaban era frío y opresivo como la garganta de un viejo diablo. Cuando llegó al piso bajo miró a la derecha para ver el amplio y hermoso patio que había contemplado desde la atalaya del horrible y maldito despacho. Con gesto resignado se acercó a él para contemplarlo por última vez antes de bajar a las tenebrosas «mazmorras» en las que la encerraban. Una punzada de envidia recorrió todo su ser al comprobar como sus amigos y amigas se preparaban risueños para ir a la Fiesta de Primavera. Vestidos con sus mejores galas, comentaban ilusionados las fascinantes atracciones que se habían montado en la Plaza de las Diez Batallas. Dejó que el último rayo de sol le acariciase el rostro, intentando atraparlo para toda la tarde. Con melancolía miró el radiante azul del cielo.

¿Por qué le pasaba a ella? La pregunta se la había hecho miles de veces. Ella sólo quería ser libre para ir donde quisiera. Quería vivir las aventuras que tanto le ilusionaba leer. Ver sitios extraños, visitar las ciudades ywen y dweloin. Luchar contra el mal de los libros de caballerías y conseguir una espada poderosa. Pero aquí estaba. Atrapada en el enorme complejo de las Escuelas Reales. Un sitio de lo más aburrido. Se sintió muy desgraciada de repente. Y la congoja atravesó su pecho al pensar que nunca jamás podría salir de este penoso sitio. Loreena se imaginó que era Sir Camrich, el famoso caballero que fue enterrado en las profundas cárceles del Rey Sombra, miró de nuevo al limpio cielo y suplicó a Philniua, antigua y legendaria diosa de los



Pájaros, que la liberase de este cautiverio. Tras unos instantes de espera no vino ningún alado ser que la rescatase. Cabizbaja, se dio la vuelta para descender por los oscuros escalones que la llevarían a la desesperación de la pluma y el papel. Cual alma descarriada, descendió imaginándose que la engullía un terrible monstruo de fauces llenas de escalones.

Fuera, el cielo, antes nítido y vacío, se vio ocupado por un ave ágil y estilizada. Un poderoso halcón de aceradas plumas dio una vuelta completa por encima del jardín y por un momento fijó su mirada en el abandonado umbral de la puerta que conducía a las bibliotecas, como si esperase encontrar a alguien que le llamase. Al no ver a nadie se impulsó por encima de los azulados tejados de las Escuelas Reales, alejándose de ellos con un poderoso grito.

El augusto cazador se elevó por encima de la ciudad bulliciosa, contemplando con sus inexpresivos ojos las gentes que, felices y ufanas, se encaminaban con paso tranquilo a las fiestas. Sobrevolando los tejados, aleteó con la potencia de los grandes depredadores, lanzándose como firme ariete divino. Cualquiera que lo observase adivinaría por sus poderosas alas, su porte noble y diamantino, que estaba más allá de cualquier animal normal. El halcón, lanzando un grito de desafío nacido de su fuerza y poderío, se alejó de la ciudad para internarse en los bosques que rodeaban la urbe. Y a su paso todos los animales se escondían, mostrando el debido respeto al Cazador.

Lo último que recordaba Loreena era la sexta página del aburrido Tratado de las Tres Manos. Su minucioso tratamiento de las mercancías dweloin que debían sufrir tasas de entrada en los reinos norteños del Imperio había tenido la propiedad de volver pesados como el plomo sus agotados párpados. Así que ahora parpadeó asustada al encontrarse en la más absoluta oscuridad. Mientras se incorporaba, intentó vislumbrar algo a su alrededor. Nada. Por un momento pensó aterrorizada que Varea la había descubierto dormida y la había hechizado, dejándola ciega por su insolencia al dormirse en el cumplimiento de una pena. Pero al notar el penetrante olor a pergamino seco y cuero engrasado, desechó la idea con gran alivio.

Se estiró, notando la espalda y el cuello rígidos y doloridos por la incómoda postura. Con un pensamiento ágil analizó su situación. Se había quedado dormida, otra vez, cuando copiaba el tratado. Mientras estiraba sus doloridos músculos le empezaron a llegar los recuerdos más inmediatos. Seguramente seguiría estando en el apartado rin-



cón que siempre escogía cuando la castigaban, lo cual era bastante a menudo. Lo había encontrado por casualidad en una de sus primeras incursiones en la Primera Biblioteca. Estaba apartado de cualquier pasillo principal, los cuales estaban demasiado transitados como para realizar sus tareas con comodidad. Además, estaba rodeado en tres de sus lados por las arbóreas y titánicas estanterías llenas de libros insulsos sobre tratados y medidas. Allí preparó una mesa escritorio de ébano trabajado por los artesanos de la ciudad, una pequeña silla acolchada, negra tinta y pluma blanca. Lo había hecho en previsión de las largas horas de tediosas tareas. Y le había servido bien, ya lo creía que sí. Muy bien.

Durante muchas horas se había entretenido en la biblioteca. Como Varea le había recordado, sus castigos eran cada vez más frecuentes. Durante esos tiempos disciplinarios había realizado todo tipo de tareas menos el castigo correspondiente. Se conocía la biblioteca bastante bien. Al principio le gustaba despistar al anciano bibliotecario. Corría risueña por los pasillos atestados de libros para escándalo del estudioso. Otras veces buscaba escondrijos y se ocultaba, algo maliciosamente, de sus ojos cansados. Pero al cabo de un tiempo se aburría. Y persuadió a Herbich, el bibliotecario, de que le permitiese tener esta pequeña madriguera para pasar sus frecuentes castigos.

Situó las manos en sus doloridos riñones y dobló la espalda hacia atrás dejando caer libre su largo cabello moreno. Seguramente la blanca vela de sebo se habría acabado cuando ella estaba dormida, y el viejo Herbich, el miope y simpático bibliotecario, al no ver ninguna luz, cerró las puertas suponiendo que no quedaba nadie. Se había quedado encerrada en su prisión. Y le estaba bien empleado, se recriminó. Últimamente no hacía otra cosa que dormirse en cualquier parte. Parecía una tonta niña consentida. Movié la mano en un gesto despectivo, para disipar esas recriminaciones, como quien retira una molestia para sus ojos. No era momento para esas tontas cosas. Lo bien cierto es que se había quedado atrapada entre millones de viejos libros. Y no era una situación divertida.

Analizó la situación fríamente. Como lo hizo Sir Camrich en las mazmorras del Rey Sombra. Después de todo no estaba en peligro. Seguramente no sería muy tarde, pues sino ya habrían notado su ausencia en la cama y Varea habría bajado a sacarla del castigo con los ojos encendidos de rabia. No tenía más que acercarse a la puerta y golpearla con fuerza. Algún mozo o sirviente estaría limpiando los pasillos adyacentes y la oiría. Era una buena idea. Una idea cobarde, pensó con prontitud, no. Y se envaró con orgullo en la silla. No se



pondría a llorar desconsoladamente esperando que alguien la rescata-se. Desde luego eso no era lo que haría Sir Camrich. Él rompió las gruesas cadenas de resistente mineral sármiko, mineral que Loreena no había visto en su vida, pero que quedaba muy propio, eso había que reconocerlo, y con toda la furiosa ira de sus propias manos desnudas había luchado con toda una interminable legión de demonios para poder llegar a la libertad.

También podría ponerse a trabajar para que cuando llegase «la Bruja» estuviese copiando diligentemente el aburrido tratado. Seguro que eso le gustaría a la vieja profesora. Se vería forzada a reconocer, seguro que entre dientes, que había hecho bien. Sí, pensó. Le daría una lección a la vieja Varea. Con entusiasmo rebuscó entre sus bolsillos para encontrar el yesquero de piedra Thym. No lo encontró en los tres de la camisa. Sólo atinó a encontrar en medio de la oscuridad un duro pedazo de bizcocho de pasas, un despuntado lápiz corto y una canilla de hilo, muy probablemente plateado, en la bolsa del cinturón. En el otro bolsillo no encontró más que unos papeles arrugados y un carboncillo desgastado. Todo ello no le servía de nada. Con algo de nerviosismo la emprendió con los dos bolsillos de la falda. No encontró el deseado artículo. Sólo dos piedras semi preciosas azules compradas y olvidadas hacia unas jornadas en el mercadillo a un apuesto joven del sur.

No dudaba que en el momento de la compra le habrían parecido lo mejor del mundo. Pero en estos momentos se arrepentía de ello. No, no se arrepentía de comprarlas. Lo que se arrepentía era de no encontrar el maldito yesquero. Rezongó en silencio imprecando a los más oscuros dioses del Caos que conocía por sus lecturas. Palpó la mesa buscando desesperadamente. Allí estaban los dos lisos botes de tinta negra. Encontrados en lo más profundo de los cajones de material escolar de la sala de suministros. Las etéreas plumas blancas de Cisne Apocachio. Sus copias y el ajado original del Tratado de las Tres Manos. Tanteó la pulida superficie de blanda madera de la mesa. Pero no estaba el yesquero.

Con un ligero topetazo hizo retroceder la silla. Palpaba el duro suelo de madera pulida y barnizada cuando una revelación atravesó su mente como un relámpago. Era el primer día de primavera. El esperado y ansiado día en el cual todo el mundo se encaminaba a las fiestas organizadas en honor a la más florida estación. La imagen de sus amigos comentando lo maravillosa que resultaría la fiesta se perfiló en sus recuerdos. Se imaginó a los habitantes de la escuela encaminándose a Plaza de las Diez Batallas. Todos ellos, sin faltar uno solo, estarían



divirtiéndose en las atracciones montadas en el amplio espacio de la plaza. Por supuesto era un día muy especial, por consiguiente, no había hora de llegada obligatoria. Nadie la extrañaría. Nadie se preguntaría dónde estaba. Nadie habría limpiado los pasillos cercanos. Se sentó en el duro suelo con la consternación prendida en su cabeza. Las Escuelas Reales estarían vacías por completo. Y ella estaba atrapada en los sótanos. Sola. Y en la más absoluta oscuridad.

El momentáneo pánico dio paso a una serenidad tan absoluta que hasta dejó pasmada a la propia Loreena. Como había dicho antes no tenía que preocuparse. Ningún extraño monstruo habitaba los pasillos de la biblioteca. Ni secretos existían en los eternos volúmenes que se perchaban como aves de rapiña a su alrededor. No tenía que preocuparse, se animó. Solamente tendría que encontrar la manera de salir de allí, sola, sin luz y con todo el mundo divirtiéndose en las fiestas.

Lo primero fue el levantarse. Al hacerlo tuvo que extender los brazos para intentar recuperar el equilibrio, al sentirse repentinamente mareada por lo brusco del movimiento. Después se movió con pasitos torpones y lentos. Palpó el invisible aire intentando encontrar las estanterías llenas a rebosar de libros. Con lo que podría llamarse una sensación rayana en la alegría impactó con una apretada fila de lomos. Bien, se dijo, me encuentro en el buen camino. Recorriendo con trancos más seguros la pared, dedujo que se encontraba en una de las esquinas. Comprobando que todas sus inútiles pertenencias estaban en sus bolsillos se encaminó hacia lo que presumía era la salida. Era muy difícil orientarse en la oscuridad más absoluta. Sobre todo en un lugar como la biblioteca. Estaba completamente cerrada como precaución. Así el viento no podría traer insidiosos insectos que pudiesen roer los preciados pergaminos de los volúmenes encuadernados en cuero engrasado. De manera que ella no podría localizar una corriente de aire que le permitiese intuir la salida. Y era demasiado pequeña como para que el eco le indicase algo fiable. Pero tenía los libros. Con el sentido de la vista inutilizado por la falta de la salvadora luz, los libros eran su única esperanza de guía. Estos estaban colocados por orden alfabético, estando la letra A la más cercana a la salida. Así que no tendría más que seguir las letras hasta llegar a la única vía de escape. Felicitándose por su ingenioso plan Loreena llegó al final de la estantería. Lentamente asomó el rostro para intentar ver algo. Era inútil, pero también una costumbre después de tantas incursiones a las bien surtidas alacenas de la cocina de la escuela a la captura de algún pastelillo perdido.



Se imaginó el interminable pasillo que estaba delante de ella. No podía verlo, pero lo había visto decenas de veces. Ahora era diferente. Retorcidos monstruos escondidos entre las sombras la acechaban con sus afiladas garras preparadas para atravesar su carne. Horribles sylaen preparaban conjuros para convertir su sangre en polvo y su carne en una masa gelatinosa con un simple gesto. Pero ella era Lady Loreena. Heroína del Imperio. Exterminadora de worjs. Leal Caballero de la Orden de la Cruz Alada. Y no se asustaba tan fácilmente. Con paso decidido se encaminó erguida a la negrura del pasillo. Desafió a los monstruos con la frente alta. Y con una mirada despreciativa dejó atrás a los sylaen. Nada le daba miedo. Nada le podría dañar. Porque ella era la más grande luchadora de todos los tiempos...

Un suave y seco chasquido se expandió a su espalda reverberando por entre los libros.

Loreena se quedó petrificada en el sitio. Un escalofrío recorrió su espalda. No podía ser. Seguro que soñaba. No existían guaridas de maléficos monstruos, ni extraños seres del caos escondidos entre los ancianos tomos de acumulada sabiduría. Solamente era su desbocada imaginación, que le jugaba una mala pasada. Pero Loreena no se movió del sitio. Todo su cuerpo inmóvil. Los latidos de su corazón resonaron en sus sienes. Todos sus sentidos estaban alerta por Sí...

Bajo y gutural, un crujido se produjo. Creciendo lentamente. Como si una inmensa puerta se abriese después de siglos de estar cerrada. Loreena miró aterrada por encima de su hombro. Una línea de pálida luz amarillenta se perfilaba entre las oscuras librerías. Con ojos desorbitados y el corazón desbocado Loreena contempló cómo una compuerta secreta se apareció con eterna parsimonia. Un haz perpendicular de dorada luz bañó el pasillo. Mostrando los libros en la estantería de enfrente en un arco cada vez mayor, la luminaria se intensificó mientras la puerta se abría acompañada por la estridencia de añejos goznes.

Por espacio de una agobiante eternidad la estantería giró sobre un oculto eje hasta que, con un golpe, se detuvo. Ahora un bruñido pasillo de luz alumbraba la sala. Y esa luz se vio empañada por una sombra. Una negrura ominosa con forma de persona que pugnaba por salir al pasillo. Loreena comprendió súbitamente lo precario de su posición. Estaba en mitad del pasillo mientras un extraño ser se precipitaba por una puerta secreta al pasillo donde se encontraba ella. Avanzando con rapidez dobló la siguiente esquina para dejarse caer al pie de los enormes libros de historia antigua del reino mirrano. El estrépito que organizó al caer, los sonoros pasos que dio al llegar le indicaron de seguro que el horrible ser le detectaría. Dándole muerte allí mismo



por haber visto sus paseos nocturnos. Cerró los ojos con fuerza esperando el mortal golpe de un alfanje hambriento de sangre joven.

Al no llegar el golpe cedió la presión de sus párpados y mandíbula. Inmóvil se quedó, temiendo que cualquier movimiento traicionero la delatase. A sus oídos llegó una conversación.

—Ves. Como se lo dije yo. Ni un alma. ¿Le dije o no le dije que era el mejor momento para venir por aquí? —La voz sonaba juvenil y simplona. Se detectaba un inconfundible tinte de franca admiración y de intento de satisfacer a su interlocutor—. Nadie nos ha molestado ¿Verdad?

—Basta de cháchara. ¿Dónde está lo que busco? —La segunda voz era mucho más profunda y de más edad. Además, denotaba la fuerza y seguridad de una persona que está acostumbrada a que siempre se le obedezca—. No he venido para que te vanaglories delante de mí.

—Por supuesto Dhum. Aquí mismo hemos salido por el lugar apropiado—. ¿Dhum? Se preguntó Loreena. Ese era el título reservado a los nobles más excelsos del Imperio. ¿Cómo era posible que un Dhum se introdujera subrepticamente en la biblioteca? ¿Qué quería ver? La curiosidad pugnó con el temor por unos instantes en el interior de Loreena. Por fin la curiosidad triunfó enviando al temor a las profundidades del estómago y, armándose de valor, se atrevió a asomarse por la esquina de la librería mientras la joven se decía, muy seria, que eso de asomarse para cotillear las acciones de los demás no era la mejor de las ideas en ese particular momento.

La persona de voz más profunda era alta y corpulenta. Vestía una aterciopelada capa de color crema pálido. Sus cabellos eran rubios y reflejaban la luz de la antorcha que portaba el más joven en un millar de matices. Sobre su frente se alzaba una fina diadema ducal de platino con incrustaciones de gemas rojas y verdes formando un singular dibujo. Su rostro estaba inundado por las sombras y de él destacaba como un worj en tierras humanas una cicatriz en la frente con forma de cruz. La cicatriz nacía de la ceja izquierda prolongándose por la ancha y despejada frente yendo a terminar en la sien derecha. Su mano, enguantada en cuero de gamo, se elevó buscando con ansias un libro. Loreena contó rápidamente. Era la tercera sección del panel. Y el estante, uno, dos, tres, el cuarto empezando desde abajo. No sabía que estaba mirando el enigmático Duque, pero más tarde se ocuparía de averiguarlo. El caballero encontró lo que quería. El sexto libro empezando por la derecha. Con gesto airado lo atenzó con una mano más parecida a una garra y lo introdujo debajo de su capa.



—Marchémonos. Ya no hacemos nada aquí.

El caballero se giró y se encaminó a la puerta. El chaval le siguió como si fuera el mismísimo Señor de los Poderes en persona. Tal era la devoción que mostraba el joven, y la fascinación que había producido el extraño personaje en Loreena que no le dio tiempo a fijarse en el acompañante antes de que se cerrase la puerta secreta. Y al sellarse la puerta se quedó sin luz. Pero en esos momentos a Loreena no le importaba en absoluto la molesta falta de luz. El encuentro la había dejado anonadada y llena de preguntas. Cuestiones que revoloteaban en su soñadora mente mientras se apoyaba en los libros de historia. Descansó la cabeza en ellos. Se reclinó indolentemente sobre un codo.

Lo que le había ocurrido era increíble. La experiencia se volvió a repetir en los recuerdos. Se fijó en cada detalle y casi sale lanzada para alcanzar la librería. Pero el no tener fuente de iluminación la detuvo inmediatamente. Cerró los ojos. Casi no se lo creía. Respirando con lo que intentaba ser una completa serenidad analizó lo que acababa de ver. Seguramente se trataba de un complot contra el mismísimo Emperador. Loreena se encaminó hacia las estanterías frente a las que había estado el duque. De nuevo palpó con las manos para poder orientarse entre los libros. Paso a paso se acercó a la tercera sección. Una vez en ella se paró unos instantes, escudriñando con ahínco la oscuridad, intentando vislumbrar las juntas de la secreta puerta. Al fracasar completamente, como era de esperar, Loreena continuó con la búsqueda del libro, o más bien del hueco, se dijo a sí misma. La tercera sección estaba encabezada por un letrero grabado en cobre. Loreena sabía que estos rótulos estaban diseñados en el resistente metal para que el paso de los años no les afectase, pero en estos momentos le venía de maravilla, pues pasando los dedos por la placa podría saber cuál era el tema de la sección.

Costumbres Culinarias.

Loreena parpadeó varias veces. Repasó de nuevo con los dedos el pedazo de metal. No, no se había equivocado. Aquello que había robado el noble imperial era un sencillo libro de recetas de cocina. Contó con menos entusiasmo los estantes y después localizó el hueco donde debería haber un libro. Siguiendo la misma técnica de tantear con las yemas de los dedos, Loreena adivinó entre la oscuridad el título de los dos libros que flanqueaban la ahora solitaria cavidad. Gastronomía Dweloin IV y Gastronomía Dweloin VI. Evidentemente faltaba el quinto volumen de la serie, lo que significaba que éste era el hurta-



do por el ilustre personaje. Loreena se dejó caer con consternación a los pies de la sección tercera. El apartado culinario entero se columbró por encima de su cabeza mientras ella cruzaba las piernas en un intento de sentarse cómodamente. Vamos a ver, se dijo a sí misma. La cuestión no es si el libro en cuestión suena ridículo, la verdad es que no me imagino a un patricio del imperio robando recetas secretas para su abuelita, la cuestión es que se lo ha llevado. Lo que significa que en el libro hay algo que desea poseer, pero que no quiere que los demás lo sepan. Evidentemente, si quiere consultar un libro de la biblioteca, debería explicar muchas cosas, firmar un papel en la entrada y devolverlo al cabo de unos días. Y eso no es lo que parecía desear el aristócrata.

Entusiasmada por sus magníficas deducciones Loreena se levantó del precario asiento y empezó a caminar, primero con más rapidez, luego más lentamente, al ser avisada por las estanterías de que ellas llevaban mucho más tiempo en su sitio y que no se apartarían del camino de la insolente jovencueta. Frotándose la cabeza por el topetazo con los libros explicativos del arte culinario ywen, Loreena siguió las estanterías mientras desarrollaba su idea. Evidentemente, el libro contendría algún secreto valioso para él noble. Caminando, Loreena no se dio cuenta del paso del tiempo, sus planes se desarrollaron sin pausa, y ya se imaginaba a sí misma rescatando al mismísimo Emperador de las garras de un terrible complot.

Un gran bullicio despertó a Loreena, decenas de voces se expandieron por los pasillos de la biblioteca cuando los cansados estudiantes de último curso se desperdigaron por las salas de estudio que se repartían caprichosas en la inmensa biblioteca. Dando un respingo involuntario Loreena observó con ojos somnolientos a su alrededor. Se hallaba tumbada cerca de las repisas que aguantaban con paciencia el peso del saber de cientos de escribas ywen, los cuales habían recopilado todos los nombres y apellidos de sus familias nobles. Estirándose a conciencia, Loreena recapacitó los acontecimientos acontecidos apenas unas horas antes. Al recordar al infame noble y su plan para destronar al Emperador, Loreena se alzó presta del suelo y, cojeando por tener las piernas dormidas, se acercó a su disimulado escritorio. Encima de éste estaban las seis primeras páginas de la primera copia de los pactos. Bufando de frustración Loreena pasó las manos por encima de los ajados papeles, sabía que debía, por lo menos, haber acabado dos copias para que el castigo le fuese conmutado.



Recogiendo todas sus pertenencias se marchó a la salida de la biblioteca. Una vez allí una voz en su interior le avisó que se quedase quieta de una manera tan abrumadora que la joven casi cae al suelo al paralizarse sus piernas. Nadie debía pillarla aquí, después de todo estaba terminantemente prohibido quedarse en las bibliotecas por la noche. La joven pensó en salir y buscar al bibliotecario, pero la misma voz que antes la conminó a detenerse le habló de nuevo. Seguro que Varea la volvía a castigar dos veces, la primera por no terminar la tarea asignada y la segunda por estar toda la noche en la biblioteca. Asomó los ojos por la esquina de la librería que daba a la salida, bizqueando por el repentino chorro de luz natural que por ella entraba. Nadie había custodiando la salvadora salida. Con rapidez cruzó los pocos pasos que la separaban de la ansiada libertad. Corriendo subió las escaleras que conducían a los pisos superiores, allí donde se daban las clases. Una vez en el pasillo que conducía al patio interior Loreena observó a ambos lados con infinito cuidado. Sus compañeras se disponían a entrar en clase de oratoria. Asignatura dada por el viejo y chiflado profesor Chenak. Loreena decidió asistir a la clase, no porque le interesase en estos precisos momentos, simplemente porque así se ahorraría un nuevo sermón de la bruja.

Mientras las muchachas entraban ufanas y dicharacheras en sus respectivas clases Loreena miró con frustración al final de la prolongada galería, al fondo descansaba una pesada mesa de desgastada caoba. El lugar donde los alumnos debían depositar sus trabajos terminados y los castigos cumplidos. Observó compungida sus dos páginas copiadas, con resignación caminó hasta la mesa y, con gesto desolado, dejó caer los papeles. Seguro que Varea la volvía a castigar, se dijo. Dando ya por seguro que estaría castigada hasta las Fiestas de Otoño Loreena corrió a clase, deseando con todas sus ganas poder ser una grandiosa maga para que los odiados tratados se copiasen solos. Detrás de ella las desnudas hojas parpadearon de una manera hartó singular, se movieron, como si unas manos invisibles las ojeasen y con un simple murmullo se llenaron con la pulcra y pulida escritura de Loreena, completando las copias requeridas en el justo castigo de la vieja profesora.

Justo cuando entraba en clase el profesor leía en voz alta su nombre, ella contestó en voz igualmente alta y con una modosa inclinación pidió perdón por su tardanza. Con paso tranquilo se dirigió a su silla favorita, la incómoda y aislada silla del final de la fila. Una vez sentada, Loreena recapacitó. No tenía ni idea de lo que le iba a decir a Varea, por principio, seguro que Varea no la creía, no solamente no tenía las copias que le habían pedido, si no que su historia no era muy



creíble. La mayor parte de los castigos a los que había sido conducida por la amable mano de la vieja bruja habían sido por dormir plácidamente en las horas en que la mayor parte del mundo consideraba que debían ser utilizadas en mantener los ojos abiertos. Esto, unido a la vital imaginación de la estudiante haría fruncir el ceño a la profesora. No, no debía decírselo a ella, y ya puestos, a nadie más. ¿Quién la iba a creer?

La vara del profesor golpeó con fuerza contra el encerado, produciendo el característico ruido, como al rechinar los dientes. Loreena se revolvió en el asiento por el chirriar y alzando la vista intentó encontrar el motivo que tenía el profesor para llamar la atención, esperando que no fuese ella otra vez. Sin embargo el profesor no la observaba taciturno, más bien parecía lleno de orgullo, con las manos cogidas encima de la barriga, como si la euforia naciese en tan augusta prominencia y necesitase sujetarse fuertemente para que no se escapase.

—Como bien saben ustedes, ayer en la noche cumplimos con algarabía y alborozo la ancestral festividad de la Primavera en nuestra estimada urbe. Solemnidad de renacimiento y vida que este año cobra importancia suprema al celebrarse el milenario de la existencia de la ciudad. Para festejar con mayor predominancia el día en el que nuestros ancestros empezaron a edificar a los pies de la catarata de las Mil Llamas, hoy se celebrará al anochecer un gran baile—. La bulla se adueñó de la sala al escuchar estas palabras, no es que fuese el Gran Secreto de la Vida y la Muerte el que se acababa de descubrir a las alumnas, es que el monótono discurso necesitaba de sazón entusiasta por parte de las escolares para que fuese digerible. El viejo profesor alzó las manos en gesto apaciguador, al tiempo que chistaba con labios resecos y arrugados para imponer el orden—. Vamos, vamos, silencio mis pequeñas discípulas. Un poco de seriedad. Como iba diciendo. La fiesta de esta significativa noche se celebrara en los Reales Jardines del Protector de Pasguillom, que como sabéis circunscriben la magnificencia de la Torre de Perlas, símbolo de nuestra ciudad.

El preceptor realizó un significativo silencio, con languidez se dirigió a la parte delantera de la anciana mesa de madera que presidía con estoicismo el aula del saber. Se apoyó en la mesa, sentándose apenas, y con gesto estudiado examinó los curiosos rostros de las alumnas. Las cuales se preguntaban por qué el maestro les explicaba todo esto, si ya lo sabían de sobra.

—Pues bien, he de comunicarles que todas las alumnas de estas academias están invitadas a la fiesta de conmemoración por el Milenario de Pasguillom.



Por unos momentos todas las chicas se mantuvieron inmóviles. El profesor se sonrió complacido al constatar que su plan de petrificar a las muchachas había sido un completo éxito y decidido se giró para empezar la lección número XIV, Lecciones de Oratoria en Actos Públicos Multirraciales. Poco duró el embrujo, pues prontas las zagalas estallaron en la más estruendosa de las algarabías vividas por el anciano maestro. Las amigas hablaban entre sí comentando los personajes que desde todo el Imperio Melion habían llegado para la celebración. Otras comentaban horrorizadas que su mejor vestido estaba sucio y que deberían lavarlos inmediatamente, mientras otras casi chillaban de emoción e incredulidad. Loreena se levantó y fue directamente hacia Irreana y Fadesna, sus dos mejores amigas.

Al girarse el profesor asistió, incrédulo, a la desaparición de su embrujo. Es más, con la consternación nacida de la impotencia intentó al menos en tres ocasiones poner orden entre las alumnas. Pero una de dos, o bien el profesor se había quedado mudo por una extraña maldición de un duendecillo bromista o bien todas las alumnas habían perdido el sentido del oído al mismo tiempo. Sin saber cuál de las dos posibilidades le aterraba más, Chenak decidió cancelar la clase, y para prever jaquecas innecesarias dio permiso a la clase para abandonar el aula. Justo cuando Loreena, que por algún incierto giro del destino era la más cercana a la salida, abrió la puerta una figura se perfiló en el umbral.


Un hombre vestido con las galas de Grande del Imperio se plantó observando la sala con ceñudo rostro. A Loreena se le paralizó el pulso y de suerte que su corazón estaba encerrado en su pecho, pues de no ser así habría salido desbocado a recorrer asustado todos los pasillos del complejo. Pues el hombre era el mismo que había visto en la biblioteca. Alto y fornido, con cuerpo y ademanes de despiadado soldado. Rostro inflexible y corona ducal en la cabeza, y sobre todo la cicatriz en la frente, marca ominosa, tétrica y realmente horrible.

Detrás de él, la siempre envarada Varea. Ésta, hecha una furia se adentró en el aula como un general victorioso en terreno conquistado. Con aspavientos y furia exigió explicaciones al profesor y al indisciplinado alumnado. Después de la explicación del profesor, Varea meditó unos segundos y autorizó con desdén la medida. Con rapidez las muchachas huyeron de la despiadada mirada de la «bruja». Todas menos una, Loreena, que corrió como alma que llevasen los mismísimos Daertacks de la Muerte, alejándose más del noble que de la «bruja».

EL MILENARIO CUMPLEAÑOS DE PASGUILLOM

PASGUILLOM, REINO MELION

Primavera; Año 6.327 del calendario Imperial

a ciudad de Pasguillom estaba construida en el hogareño interior de dos enormes y altas paredes de piedra en forma de gran abanico abierto. Estas formaciones de puro granito se alzaban a más de cien metros por encima de las calles, abriéndose en acogedor abrazo protector alrededor de las villas y hogares de sus ciudadanos. En el vértice de las paredes se desplegaba una gran catarata de aguas puras y límpidas, que caía alegre durante todas las estaciones del año, las aguas se estrellaban contra las rocas de la base, formando un pequeño lago ciego, pues de él no salía río alguno que aliviase su caudal. La caída del líquido elemento sitiaba en una nube de miles de iridiscentes gotas de agua a la Torre de Perlas.

La Torre había sido construida hacía mil años exactamente por el primer colono que llegó a las tierras más occidentales del actual Reino kenion. Este colono, llamado Pasguillom, era un renombrado mago, el cual diseñó una edificación que se fundiese a la perfección con el entorno. La hizo nacer de la magia, de muros perlados y esbelta estructura de minaretes y balconadas de extrañas e imposibles formas curvas. La Torre se integraba a la perfección en el ambiente destacando con la gris roca circundante y brillando por los millares de gotas que salpicaban su superficie.

Como ampliación de la Torre de Perlas, se extendían por el ángulo superior de las paredes La Corona de Pasguillom. La Corona consistía en doce atalayas, seis a cada lado, construidas con el más duro granito, que protegían y vigilaban el lado más vulnerable de la ciudad, las alturas. Las doce torres defensivas estaban constantemente ocupadas por la guardia de la ciudad, los Mantos de Pasguillom. Soldados de librea azul marino y blanco, cuyo escudo era una torre blanca sobre campo azul.

Desde la mágica atalaya central se extendió a lo largo de más de tres siglos lo que se llama la ciudad vieja. Edificios de escuela antigua, llenos de ventanas alargadas y balconadas acristaladas, con macetas de flores y farolas de aceite exquisitamente modeladas por artesanos de las ciudades alsanas. Las calles de este barrio eran estrechas, construi-





das en adoquines de brillante y pulida roca negra, y estaban llenas de misterio, pues antiguamente los kenion tenían la costumbre de construir la boca de los canalones con formas de insólitos animales y exóticas bestias, daban formas extrañas a los adornos de puertas y ventanas y gustaban de gárgolas en las esquinas y tejados y garitas y nichos a ras de suelo. La ciudad vieja tenía su propia muralla, construida para poder defenderse de los continuos ataques de los monstruos de leyendas que habitaban las antaño salvajes, y ahora civilizadas, tierras del Reino Kenion.

Tras pasar el defensivo muro se abría la ciudad nueva. Esta consistía en una amalgama de corrientes arquitectónicas, desde los palacios de los nobles hasta las nuevas edificaciones de los mercaderes alsanos. Las calles eran más anchas, pues debían permitir el paso de carruajes y cazñestas. Y no estaban adoquinadas, sino embaldosadas, según los nuevos estilos. Según se llegaba a la segunda muralla, más moderna y alta, con redondeadas torres fortificadas y decenas de minaretes para ballesteros, la ciudad se transformaba en un caos confuso de pequeñas casa, talleres de cerámica, destartaladas serrerías, tiendas de todo tipo y condición y fuentes donde habitaban la mayoría de trabajadores de la ciudad.

La principal ruta que atravesaba Pasguillom era la Vía Imperial. No solamente era la calle más ancha de toda la ciudad sino que a lo largo de su recorrido se aglomeraban los edificios más importantes. La ciudad era alegre y sonora. Llena de las risas de los estudiantes, del cantar de sirenas de los mercaderes de remotos lugares y de los coqueteos de las mozas casaderas con los jóvenes oficiales. Pero sobre todo Pasguillom era una ciudad llena de flores. Los ciudadanos estaban satisfechos de formar parte de una ciudad florida, llena de jardines. En Pasguillom todas las esquinas tenían flores. Tras cada balcón había un rosal, o unos jazmines. Ninguna flor era despreciada, ningún color era detestado. Todo ello hacía de la ciudad una población abierta y luminosa, cautivadora por sí misma, donde el aroma cambiaba sutilmente con la brisa y los colores explotaban en cambiantes parterres de decenas de flores diferentes. Pasguillom tenía fama en todo el Imperio por ser ciudad abierta, hospitalaria y tolerante, pero por encima de otras características era conocida por ser el paraíso de los floricultores y la pesadilla de los que enfermaban con el polen que las diversas plantas expelían en primavera.

Y desde luego que Loreena no pensaba en nada de ello en la tarde que pasó en sus habitaciones de la escuela. No es que fuese inmune al sugerente perfume que se respiraba en la ciudad. Todo el



mundo estaba de fiesta y nadie escatimaba felicidad. Loreena estaría más que orgullosa de desperdigar por toda la ciudad su encantadora sonrisa y deleitarse con los panecillos de chocolate y trufa, de los pasteles de manzana y moras, de las rosquillas de aire, de los bocados de estrellas y de mil manjares más que succulentos y apetitosos le esperaban en la feria. Pero Loreena tenía un problema, el Duque de Nerad.

La joven se había informado bien sobre el siniestro personaje durante la comida. Se había movido hábilmente entre las mesas, reuniendo toda la información que había sido capaz de sacar de profesores y alumnos. Al parecer, el Duque, de nombre completo Raldred Nastre de Dos Valles, Duque de Nerad, era Grande del Imperio por méritos propios. La cicatriz que portaba en la frente y que afeaba un rostro que por otro lado sería atractivo según sus amigas, era consecuencia de un combate personal con un cacique sylaen. Al parecer el noble, excelente guerrero, había participado en las campañas que se desarrollaron hacia doce inviernos contra las salvajes tribus sylaen en el norte del reino. En ellas el Aristócrata del Imperio había encabezado varias cargas contra los infames guerreros de las montañas, cobrándose numerosos triunfos. Desde esas campañas había ascendido hasta ser Consejero del Rey kenion en la capital, Ensenada de las Mil Velas. Hasta hacía tres años, cuando había fallecido el rey y se ocupó del trono su única hija, llamada por los kenion Ysalwner. Al parecer el Duque no había estado demasiado de acuerdo con la sucesión y durante los enconados debates que hubo entre los nobles, él encabezó un grupo que deseaba que la actual reina no se sentase en el trono. Varios nobles consideraban que Ysalwner no podía ser reina por ser menor de edad. Los movimientos cortesanos fueron realmente interesantes, aunque Loreena se perdió esa parte por distraerse al escuchar a la profesora de Político. No pudo el Duque ganar la batalla política por la intervención de un ywen, que aprovechando una ley de no sé qué época dio un vuelco a la opinión general, consiguiendo el apoyo de las caballerías y por ende la del propio Emperador. La palabra del Duque dejó de ser respetada en todo el reino, fue destituido como consejero real e incluso parecía que pasaba apuros económicos, aunque su posición teórica no había cambiado mucho.

Pero no sólo había conseguido el historial militar y político. Pues sus fuentes eran varias y muy diversas. Su amiga Ireena le dijo que no se le conocía pretendiente alguna y que jamás había protagonizado ningún escándalo de corte amoroso, lo cual hacía de él uno de los Grandes más aburridos del imperio. Y Naluna, la profesora de finanzas le explicó que el Ducado de Nerad era uno de los ducados más



influyentes del Norte, pues su producción de pieles de calidad y maderas duras le hacían muy atractivo para el comercio y no sé qué más cosas que Loreena no comprendió pero que escuchó muy amablemente para no parecer descortés. Pero la información más jugosa la consiguió gracias a que consiguió hablar con uno de los guardias. Al parecer el noble se alojaba en el mismo edificio en el cual se iba a celebrar la fiesta, en el Palacio de Fuensanta. Una de las residencias más imponentes del casco viejo de la ciudad. Se hospedaba allí invitado por el Protector Real, pues en la Torre de Perlas no podía habitar nadie más que el Protector y la guardia, no por costumbre o ley, si no por cuestión de espacio.

Estaba acompañado de tres de sus sirvientes, que formaban su cortejo y protección. Un alto y fornido mirrano, de pelirrojo cabello y aspecto amenazador, el cual nunca se separaba más allá de diez metros de su señor. Y dos kenion, el primero de baja estatura y aspecto infantil, llamado Karco y el otro, llamado Seaner, que era su consejero en aspectos mágicos. Del nombre del esbirro de pelo de fuego nadie sabía nada. Según el guardia, el duque era muy aficionado a los objetos raros y extraordinarios y buscaba constantemente artefactos de poder sobrenatural, manía que se había agudizado desde su derrota en la corte real.

Toda esta información fue acumulándose en la memoria de Loreena durante la tarde. Y su mente se fue dando cuenta poco a poco de las deficiencias de su limitado poder. Sabía cosas, lo reconocía, pero se veía frustrada, pues las preguntas más importantes que sugería su alocada imaginación no encontraban más que conjeturas, palabra que acababa de aprender y de la cual estaba muy orgullosa, y vagas respuestas.

Loreena se propuso conocer con total precisión todas estas respuestas que rondaban su mente. Así que decidió acometer un plan que le podría llevar al conocimiento absoluto.

Tras esperar a que todas sus compañeras hubiesen dado toda la información que conocían, era increíble lo que llegaban a saber por habladurías escuchadas en mil rincones diferentes, cada uno más curioso que el anterior, Loreena recompuso las piezas de su plan. Sabía que el Duque tendría sus razones para haber robado el libro de cocina. Y estaba casi convencida de que la razón fundamental del delito no era el preparar un magnífico pastel para ganar el siguiente concurso culinario del Imperio. Loreena estudió durante un rato largo las posibles



razones del hurto, al tiempo que preparaba su indumentaria para el baile. Mirando refunfuñona el fondo de su patético ropero se preguntó si podría ser que el maligno duque deseara matar a un enviado dweloin añadiendo un veneno indetectable en uno de los platos que a buen seguro prepararían en la corte para homenajear a un patricio embajador. No, se dijo Loreena, los libros de recetas abundaban en las tiendas, el noble podría enviar a un sirviente a comprar uno sin problemas. La razón del robo debería radicar en el propio tomo. Mientras volaban por los aires trajes, vestidos y enaguas, la muchacha analizó el propio volumen. Había leído en varias ocasiones que tesoros y secretos podían esconderse en las gruesas tapas de un libro. Loreena alzó la cabeza, sí, se dijo, eso debía ser. Así que decidió, muy ufana y satisfecha que, pese a no poder saber la trascendencia del volumen, sí que podría hacer otra cosa. Conseguirlo.

Durante largas horas urdió sus movimientos tumbada en su cama. Se había imaginado paso por paso lo que haría, como entraría en el Palacio, como se manejaría, suelta, digna y arrojada. Sorteando todos los problemas e imponderables de toda situación peligrosa cogería el libro, encontraría la clave y resolvería el misterio. Sí, quizás hasta sería una heroína, sería visitada por la reina y se le obsequiaría con alabanzas y loas. En realidad, se dijo Loreena con gesto digno mientras tamborileaba con sus dedos en la barbilla, no conocía que era eso de las loas, pero recordaba que un ensayo sobre recepciones reales decía que las loas eran la forma más tradicional que existía para recibir a los héroes, así que supuso Loreena que ella misma, que después de todo, no era demasiado tonta se daría cuenta cuando se la recibiese con loas. Sin dar más vueltas al asunto se vistió deprisa y con su espíritu elevado hasta los cielos salió para reunirse con sus compañeras. Todas juntas, comentando la belleza de sus trajes, quejándose desesperadas por la falta de tiempo para el maquillaje y un adecuado peinado y, en general, disfrutando de una sensación de gloriosa felicidad corrieron hacia la fiesta.

Las chicas ni se dieron cuenta que Varea las miraba desde la distancia, un enorme fajo correspondiente a cinco copias de los ya citados Tratos bajo el brazo, todavía pasmada por el asombroso esfuerzo realizado por la alegre e indolente alumna que en esos momentos calculaba cómo infiltrarse en las dependencias del Grande del Imperio.

Pero una vez que Loreena estuvo delante de las puertas del Palacio de Fuensanta no sabía si podría acometer tamaña proeza. El palacio era uno de los situados justo entre los Reales Jardines. Tanto los



Jardines como los Palacios formaban un delicado cinturón de frescura y grandeza que rodeaban al pequeño lago en el que ubicaba la Torre de Perlas. Los Jardines habían sido construidos seis siglos antes por uno de los Protectores Reales. En la lejana época en la que los hermosos parques fueron construidos, se levantaron todo tipo de acusaciones de despilfarro contra la administración. Después de todo el Protector Real, en algunos sitios llamado Gobernador y en otros Virrey, no era más que una especie de supervisor general que el rey kenion situaba en cada una de las urbes importantes del Reino para controlar y vigilar a sus súbditos. Y al parecer los ciudadanos de Pasguillom no agradecieron demasiado el tremendo gasto. Al transcurrir los años, por el contrario, los habitantes de la población empezaron a admirar tanto los Jardines que se empezaron a colar en sus corazones como símbolo de su ciudad.

Los Jardines se cuidaron con esmero y dedicación plena por un grupo de voluntarios y entre los macizos de flores y los altos árboles se instalaron palacetes para los invitados ilustres de la ciudad, invernaderos para las especies más raras y paseos flanqueados por fuentes y acequias. En unos años el esplendor de los jardines era conocido en todo el reino y muchos visitantes pasaban por la ciudad solamente para poder contemplarlos. El Palacio de Fuensanta era uno de los más modernos de los siete palacios y mansiones construidas en los límites de los Jardines. Alto y voluminoso, contaba con una planta cuadrada, con cuatro patios interiores y blancas paredes acristaladas que se elevaba hasta los siete pisos de altura. Los tejados eran de pizarra azul, traídos desde las cercanas Montañas Kañú, últimas estribaciones occidentales de la inmensa cordillera central del continente. Los ladrillos interiores recordaban al color del cielo al ponerse el sol, y estaban pulidos y barnizados para que el tiempo no pudiese hacerles daño. Las ventanas eran altas y estrechas, y estaban compuestas por pequeños cristales encajados en una forma romboidal, con listones de delgada madera de arrhase, de vivo color blanco, sosteniéndoles. Los balcones acristalados eran numerosos y daban la impresión de ser grandes ojos saltones, que observaban fascinados desde la fachada a todo el mundo. Y en el interior los patios estaban decorados con bandas de azulejos de intrincados y sensacionales dibujos, tapizados de runas. Pequeñas fuentes refrescaban el ambiente y maravillaban al visitante con los mosaicos que se podían contemplar en sus fondos, extrañas aves caminaban entre las más hermosas flores y amplias mesas llenas de bandejas de comidas atraían la atención de los estómagos, al tiempo que pequeños laberintos de altos arbustos permitían a las parejas aislarse tímidamente de las miradas indiscretas.



En la creciente oscuridad de la noche Loreena se hallaba delante de la puerta principal, esperando que el Maestre de Sala del Palacio, un anciano de pelo canoso algo escaso y vestido con una inmensa casa-ca de oro y grana que le serviría de camión, diese su aquiescencia para que pasasen las alumnas. A su alrededor se manejaban con nerviosismo apenas contenido el resto de la clase. Al igual que Loreena todas ellas se habían vestido con las más elegantes galas que poseían. Ireena se encontraba a su lado, con un largo vestido de seda color azul pastel. El vestido era ceñido al talle con decenas de jarretas en la falda de largo vuelo, el escote era menudo y cerrado con gasa bordada en hilos de plata. El conjunto estaba complementado con unos largos guantes blancos y zapatos del mismo color, del tipo manolita. Loreena debía admitir que su simple vestido rojo no estaba a la altura de los demás vestidos de las señoritas, pues así había que llamarlas, pero no sabía vestirse adecuadamente. Además, las enaguas estaban matándola.

Un leve griterío lleno de histeria se elevó entre sus compañeras al aparecer el Maestre de Sala en la puerta. Levantando el gran bastón dorado de ceremonias impuso un silencio tenso, lleno de las risas de excitación y de los comentarios en voz baja.

—Bien, Señoritas, están admitidas, pero por favor, no se precipiten—. Loreena sintió pena por el hombre. Seguramente no pensó jamás que tendría tanto trabajo en una sola noche. Mientras sus compañeras avanzaban, intentando quitarse el sitio unas a otras con disimulados empujones y sonrisas falsas, ella miró hacia atrás con sus grandes ojos tristes. Los últimos rayos de sol arrancaban reflejos de oro de las gotas que, suspendidas en un eterno momento de fugaz vuelo, flotaban alrededor de la Torre. El estanque estaba surcado por los botes de enamorados y en los jardines se disponían mesas de comida, arcos de flores y plataformas en las cuales se podía bailar. Loreena observó a los felices ciudadanos que jugaban, reían y disfrutaban de una fiesta que llevaban preparando todo el año.

—Las Alumnas de la Academia Imperial de Diplomacia y Protocolo.

El anuncio del paje fue el preludio de su entrada. Las jovencitas abrieron los ojos a la ostentación del Palacio de Fuensanta. Jamás ninguna de ellas había estado en un palacio y no es necesario decir que estos se llamaban así, Palacios, no por gusto, si no por su inmensa majestuosidad. La entrada estaba flanqueada por dos enormes estatuas, cada una de ellas de cuatro metros de alta, talladas en mármol blanco, que representaban a dos famosos Caballeros del Imperio. Desde este punto se ampliaba la sala, llenando de magnificencia y encanto



la noche de las muchachas. El suelo era de losas pulimentadas, de un tono verde esmeralda muy oscuro, casi negro, y este color hacía destacar las columnas de mármol níveo, las cortinas de terciopelo y las mesas de oro y cristal.

Loreena se deslizó tranquilamente por las escalinatas que daban a la sección principal del gran salón de baile. Éste estaba flanqueado por anchas galerías acristaladas, las cuales formaban amplias avenidas llenas de la luz de esferas de luz mágica. El centro de la habitación estaba consagrado al baile y por lo tanto estaba completamente despejada. Las mesas, vestidas con elegancia un tanto cursi, se disponían alrededor de la pista de baile, salteadas con largos divanes y lujosos sofás, decorados biombos que delimitaban apartados solitarios y pilares delgados con aguamaniles para que los invitados pudiesen lavarse las manos. La gente se desperdigaba por entre toda aquella ostentación, caminaba por la sala y se saludaba, encantados de estar en la magnífica fiesta.

Ireena y ella se acercaron a una de las mesas de comida. Decenas de personas se apiñaban ya alrededor de todas ellas y las dos muchachas se dedicaron a mirar a las personas, no a la comida, pues ninguna de ellas comería esta noche, tanto por los nervios como por los ajustados trajes, que apenas les dejaba respirar. Las pupilas se llenaron de asombro y deleite, pues de todos los lugares del Imperio habían acudido insignes invitados.

—Mira, Loreena, ese de ahí parece ser un samnio— comentó Ireena con su menudo rostro moreno lleno de admiración. Los samnios eran una de las razas pertenecientes al Imperio que más llamaban la atención a dos simples kenion. No es que tuviesen tres brazos o dobles pares de ojos. En realidad eran exactamente iguales al resto de miembros del Imperio, al menos en los rasgos generales. La verdad es que la denominación de razas era bien conocida por Loreena, la había estudiado desde que comenzaron sus estudios en la Academia. Pero ella seguía sin comprender por qué se empeñaban tanto en diferenciarse por razas, cuando eran prácticamente iguales.

Sólo pequeñas diferencias se marcaban entre los samnios y los kenion, o entre estos últimos y los mirranos. Mirando a su alrededor, Loreena pensó que las dieciséis razas que pertenecían directamente al imperio debían estar representadas por, al menos, un miembro, si no de bastantes. Justo delante de ella y de Ireena se cebaba en una de las mesas de comida una oronda alsana. Los alsanos eran famosos en el Imperio por ser grandes artesanos, mercaderes y según la profesora de finanzas. Esta alsana en particular era bastante voluminosa, Loreena



pensó que de su ampuloso vestido se podrían sacar seis para ella. Tenía el pelo oscuro y recogido en un moño doble, lleno de perlas y gemas del tamaño de su dedo meñique.


Una vez que todas las viandas que podía ofrecer la mesa fueron degustadas por la rechoncha alsana, la buena mujer decidió que no eran dignas de su apetito y se trasladó a otra mesa, con mirada golosa y barbilla altanera. Loreena siguió distraídamente a su amiga hasta el borde mismo del mostrador culinario, mientras de reojo intentaba situar a su peligroso enemigo, al Duque de Nerad.

Un amable camarero, vestido con la distinción que requería la situación, les obsequió con un plato de exquisita porcelana blanca. En el plato se podía ver el escudo de la ciudad en color azul, así como la fecha de la conmemoración. En el plato fueron depositados distintos manjares de lugares remotos junto a las especialidades de la ciudad. Ireena preguntó con moderada voz y total cortesía, así se esperaba de una buena mocita, el lugar donde se podía conseguir un poco de bebida.

Con los platos a rebosar, poco apetito y decenas de cosas que curiosear las dos damas se dirigieron a una nueva cola. En estas diversas personalidades se juntaban esperando como impacientes pajaritos el turno de recoger su bebida. Tres colas equivalentes se abrían en esta parte del salón. En una de ellas se servían todo tipo de bebidas alcohólicas. En ella estaban caballeros y damas dados a estos privilegios y que o bien aguantaban estas bebidas fuertes o bien estaban demasiado inspirados por la idea de borrachera. En otra, la de Loreena, se servían lo que en el lenguaje culto se llamaba refrescos y que no eran más que lo que la madre de Loreena llamaba zumos. La última cola, más bien escasa, correspondía a las infusiones.

Loreena pidió, esta vez a una camarera, un vaso de zumo de naranja. Esta era una fruta que se daba bastante en la costa del Laermer, el inmenso mar interior del continente. Su color era extraño y su sabor encantaba a la muchacha. Ireena se disculpó, pues acababa de ver a un par de amigas hablando con dos caballeros y ella no quería perderse tamaño acontecimiento y dejó a Loreena sola.

Esta se dedicó a observar a su alrededor. Nunca había visto gente tan diversa. Sí, conocía por los libros la gran amplitud del Imperio y la gran cantidad de razas y culturas que estaban representadas en el consejo imperial. Pero hasta ahora no había tenido ocasión de verlas, de sentir la magnificencia del Imperio. Los mirranos, grandes y fornidos, se confundían con los faeritas, de talla menuda y rostros perennemente agrios. Varias caballerías, verdadero pilar de la autoridad imperial te-



nían representación en la fiesta, siendo la caballería de la Cruz Alada, con sus largas túnicas albas y armaduras de férreo acero, la que más llamaba la atención de la joven.

—¿Podría hacerte una pregunta? —Loreena se sorprendió ligeramente por la voz, suave y melodiosa que la asaltó por la espalda. Al darse la vuelta una joven, más o menos de su edad, le sonreía con tranquilidad—. Siento haberte asustado.

—No, no es eso, sólo me he sobresaltado ligeramente, no podéis ir por ahí tan tranquilamente sobresaltando a la gente sin avisar— contestó cortésmente Loreena mientras repasaba mentalmente. La mujer era delgada y sus facciones se asemejaban a las de un gato. Sus mandíbulas eran chatas y ligeramente cuadradas, así como su nariz parecía intentar apuntar al cielo y sus orejas eran levemente ahusadas. Pero sus ojos fueron lo que más le llamó la atención, eran atigrados. Grandes y de color amarillo, sus pupilas eran ligeramente lenticulares.

—Bien, entonces repito la cuestión, ¿Puedo hacerte una pregunta? —En esta ocasión Loreena, un poco más tranquila, se fijó en el atuendo de la mujer. Era guerrera, desde luego. Tenía una dorada armadura de mallas sobre el cuerpo, que se prolongaba por brazos y parte de las piernas, formando una especie de falda extremadamente corta, abierta en los laterales para mayor movilidad. La armadura se complementaba con hombreras con forma de cabeza de león y todo el conjunto estaba dominado por una túnica alba, al igual que la de los Caballeros de la Cruz Alada. Pero el símbolo era el del Ragtar Rampante, de cuyas garras partían rayos de pura fuerza.

—Sí, por supuesto— contestó Loreena a la Caballero del León Dorado.

—¿Me podrías explicar? —dijo la caballero mientras levantaba con dos delicados dedos una pieza de su plato—, ¿qué es esto?

Lo que con tanta precaución cogía la caballero era una simple pieza de chorizo frito, rebozada en huevo y pan rallado. Loreena sonrió divertida al ver la aparente repulsión de la aguerrida caballero al ver esa especie de cilindro aceitoso de color rojizo.

—Es Tripa de Demonio—. La caballero abrió los ojos y arrugó la nariz en señal de desaprobación. De inmediato hizo ademán de tirar la vianda a un lado, pero Loreena la detuvo con un gesto de su mano.

—No os preocupéis, solamente es un poco de chorizo picante. Lo llamamos así en nuestra ciudad pues su picor es tan grande que pareciese que por la garganta te subiesen las llamas del mismísimo infierno.

—Ah, pues bonito nombre para darle a un poco de chorizo de freír—. La caballero, bajo la atenta mirada de Loreena se acercó el



alimento de terrible nombre a la nariz, después de olfatearlo, lo cual le dio más aspecto de felino, abrió la boca para comer. Sus colmillos estaban bastante más desarrollados de lo normal, dando a su aspecto un algo de peligro que a Loreena le gustó. Sí, pensó, quizás a primera vista parezca kenion, pero no lo es, quizás una seloin, una de aquellas legendarias razas de nacidos, con cuerpos y poderes heredados de diferentes tipos de bestias.

Después de morder el chorizo y comprobar que no se convertía en demonio, la mujer siguió con el trabajo de terminar el plato de alimentos. Loreena se asombró del gran apetito de la mujer, y le envidió por estar tan delgada, comiendo tanto. Sin embargo y pese al silencio de la caballero, Loreena no se separó de ella. Tampoco quería salir a cualquiera de los patios, pues allí corría el riesgo de ser detectada por el traidor noble. La verdad, es que la voz interior de Loreena le decía una y otra vez que el noble no la podría identificar, pues nunca la había visto. Pero ella seguía empeñada en que cuanto menos le viese mejor. Además, no sabía por qué, pero se sentía a gusto con su nueva amiga.

—¿No os abalanzáis sobre algún incauto e imberbe joven? —fue lo único que dijo la mujer gato, según la había catalogado Loreena, una vez terminado todo su plato.

—No os comprendo —comentó Loreena un poco perdida.

—Yo vengo de una tierra un poco lejana, pero he podido comprobar en poco tiempo, que las mujeres jóvenes de estas tierras tienden a buscar a los jóvenes. Para hablarles de cosas como matrimonios e hijos. Al mismo tiempo que los jóvenes intentan por todos los medios evitar estas conversaciones—. Mientras hablaba la gatuna caballero señaló a un lado con un gesto de su oscura nariz. Loreena siguió el gesto de la mujer, viendo como todas sus amigas rodeaban en un auténtico asedio a los más brillantes jóvenes caballeros que había en la sala. Y se sonrió con picardía.

—No, tenéis razón, yo no quiero cazar a ningún buen partido—. La mujer gato, guiño los ojos en un gesto totalmente incomprensible para Loreena que, de repente, se dio cuenta que hacía tan solo una semana las clases de Varea habían tratado, precisamente, de los gestos faciales y manuales de las diferentes razas del continente. Una voz de su interior, ya eran, quizás, demasiadas, le dijo algo así como: “ya te lo dije”. Pero Loreena acalló aquella voz para poder seguir explicándose—. Veréis, en el Reino Kenion, una de las más nobles causas por las cuales una moza puede batallar es la de conseguir un buen partido—. Al ver que la cara de consternación se aumentaba Loreena prosiguió con su



clase de costumbres sin creerse del todo que su voz sonase tan serena como parecía.

—Existen dos tipos de personas, aquellas que desean conseguir lo que quieren por sus propios medios y aquellas que los quieren conseguir por los medios de otros. Entre los segundos se encuentran las señoritas de buena familia, las cuales se consagran con todo el candor que pueden a la tarea de conseguir que su esposo pueda cumplir con todos sus deseos, por muy caros que puedan ser.

—Sigo sin entender—. Contestó la caballero.

—Ni falta que hace mi querida Kirachi—. Le respondió un hombre de talla menuda y gran calva. Se acercó a las dos mujeres con rostro bonachón y un plato relleno de viandas de aspecto delicioso que humeaban por la alta temperatura a la que estaban. Los suculentos olores de los aperitivos inundaron a Loreena, que se percató de la gran cantidad de picante que contenían los alimentos elegidos por el hombre, que vestía una impresionante túnica de mago, repleta de bordados y gemas.

—Pero quiero aprender— contestó la mujer, con un mohín de niña consentida en su delicado rostro, a Loreena casi le entraron ganas de rascar a la caballero como si fuese un gatito enfadado, casi.

—Bien, mi querida Kirachi. El Imperio Melion se basa en tres pilares, cada uno de los cuales tiene tres bases de poder—. El mago, que según pudo constar Loreena portaba la enseña de las Academias de la Ciudad Imperial. Continuó con la lección mientras daba, aquí y allí, bocados a mejunjes deliciosos—. El Emperador tiene tres pilares. Los Magos Imperiales, —Se señaló a sí mismo—. Los Caballeros—. Señaló a Kirachi —Y a los Reyes. De estas tres bases de poder dos son independientes y únicos, los magos y los caballeros, y ninguno de nosotros recibe órdenes más que del Emperador y jamás podremos dar órdenes a nadie que no seamos nosotros mismos. Sin embargo los reyes, directamente bajo mandato imperial, tienen a su vez gente a quien mandar. Por un lado a los ejércitos regulares, por otro a los mercaderes de los gremios y por último a los nobles. De nuevo se repite la cadena, los ejércitos y los mercaderes sólo deben responder a los reyes y a sí mismos, mientras que los nobles tienen a su vez tres pilares en que apoyarse. Guardias personales y de sus dominios, artesanos libres y el pueblo en general, villanos, ciudadanos y nómadas.

El mago tomó aire pesadamente mientras dejaba a un lado el plato ya vacío. El caballero gato miraba pensativa a las mozas y al ver que el ávido hechicero buscaba nuevos manjares Loreena siguió con la explicación, que, si bien parecía larga y un poco complicada debería explicar la situación de manera clara.



—Veréis, mi señora,—comenzó la estudiante—. Normalmente cada nacido en el imperio tiene la oportunidad de unirse a cualquier estrato de la Escalera Imperial, siempre que ese estrato sea uno de los independientes. Para ello existen Academias y Escuelas a las que se puede acceder si se supera una prueba—. Una vez recuperado el plato del mago este continuó la explicación de manera parsimoniosa.

—Sin, embargo, hay un estrato, en realidad el más deseado, peldaño de escalera dicen algunos, que solo una persona puede ocupar.

—El imperial —dijo Loreena, que no deseaba que le arrebatasen la palabra con facilidad. El rechoncho mago inclinó la cabeza gentil, pero siguió con la palabra.

—Otro de los estratos es el noble, este es un escalón enviado, pues su gente tienen riquezas, poder y tierras. A este estrato se accede, habitualmente, por nacimiento o por...

En ese momento otro caballero se unió a la reunión. Y formaba la contraposición del bajito mago Imperial. Alto y fornido, de larga cabellera negra, que llevaba suelta sobre las hombreras. Su rostro era como las águilas de los farallones del norte, que Loreena había visto dibujadas en los libros sobre bestias que había en las bibliotecas y que se conocía de memoria por leerlos en los castigos.

—Por conseguir —terminó el recién llegado— que uno de esos nobles torpes, ricos y melifluos se case con uno o una.

Loreena se sonrió ante el comentario, el mago se fastidió bastante al ver que le habían arrebatado el ingenioso final que tenía preparado y la mujer gato frunció el ceño, al parecer aún más confusa.

—No, —contestó Loreena, que pensando en el Duque de Nerad se mostraba un tanto siniestra—. Existe otra manera.

Todos la miraron extrañados.

—Matando a alguien y ocupando su lugar.

La franca y tintineante risa de Kirachi volvió a resonar entre las paredes del salón y le pareció a Loreena que esta risa era la más bonita que había escuchado en mucho tiempo. Tanto el caballero como sus acompañantes se giraron al escuchar como los músicos empezaban a entonar las primeras notas de uno de los bailes de salón más populares de toda la corte. Era una tonada vertiginosa y divertida, en la cual los varones interpretaban a un cazador que buscase pieza para su cena y las mujeres a cervatillos que huyesen de su cruel flecha. Al final la muchacha convencía con su tierna mirada al cazador para que no la cazase. Muchos se animaron pronto al baile y mientras los caballeros se retiraban, muchos de ellos, poderosos guerreros llenos de orgullo,



habían jurado por su honor que jamás darían saltitos al ritmo del violín mientras intentaban poner cara de placer; los nobles buscaban “piezas” que cazar.

La fiesta se desarrollaba de manera maravillosa y a Loreena le parecía que estuviese en una de sus aventuras, de una de esas que había soñada tantas veces. Retrocedió ante los bailarines, buscando el anonimato. Contempló divertida como varias de sus compañeras se disputaban al hijo del Protector Imperial, cruzándose distraídamente en su camino a la búsqueda de pieza. Tanto retrocedió Loreena que terminó tropezando con alguien.

Al girarse se encontró de bruces con el cruel rostro del Duque de Nerad. Este sonrió al verla y con una reverencia elegante habló con voz grave y serena.

—Me permitiréis la osadía de pedirle que baile esta pieza conmigo—. La muchacha se dio cuenta que no era una pregunta.

Loreena, con el corazón súbitamente paralizado no pudo más que asentir tímidamente. Con mano temblorosa cogió el brazo tendido del noble, fuerte y recio como el acero. Se dirigieron hacia la columna que se formaba en el centro de la sala y se dispusieron en el extremo. Loreena notó las miradas de odio de sus compañeras, al haber ella conseguido el mejor partido. Y se le ocurrió a Loreena que tal vez cambiaría ella al noble por cualquier tonto guardia.

Las primeras notas de la canción en sí se elevaron cristalinas en la sala y el baile comenzó. Loreena se concentró en seguir los pasos, olvidando con quien bailaba. A su alrededor sus amigas bailaban con sonrisas radiantes y se cruzaron en un par de ocasiones con el consejero del noble, el tal Seaner, el cual intentaba cortejar a una de las profesoras más jóvenes. Una tal Keenva.

—Sois muy hermosa. No creáis que no me he fijado—. La voz del noble se conjuró con la música y las risas, el olor de las flores y los perfumes de la fiesta. A Loreena le pareció que vivía uno de sus sueños y que en cualquier momento despertaría.

—No, mi Duque, estoy segura que en la fiesta hay mujeres más hermosas que yo. Además mi vestido es horrible.

—Sin embargo lo lucís como ninguna.

En ese momento un compás de la música hizo que las damas tuviesen que separarse, para camuflarse entre ellas, los varones se movieron buscándolas. Imitando el movimiento del cazador furtivo, que enamorado de su pieza busca desesperadamente el encuentro. Tras unos pasos los dos se volvieron a reunir.

—Os aseguro que ninguna otra mujer de esta sala es tan hermosa como vos—. Los brazos se cruzaron y Loreena se dispuso de espal-



das al noble. Este le atrapó con su brazo por el talle, sujetándola con fuerza. El aliento de él resbaló por el delicado cuello de ella. Y no pudo por menos que sentir escalofríos de pavor y repugnancia. Haciendo acopio de valor se obligó a seguir tranquila. Sonrió con la mirada baja, intentando pasar su miedo por timidez.

Por fin el baile se acabó, Loreena en brazos del noble, como pieza cazada por los dardos de un imaginario arco. Enseguida se separó de él y con respeto se dispuso a retirarse. El Duque de Nerad se quedó fijamente mirando a la esbelta figura de la joven, en su largo cabello negro y en sus ojos verdes cautivadores y soñadores. Hizo ademán de alcanzarla, pero otras mujeres reclamaron su atención. Un nuevo baile comenzó y Loreena aprovechó la distracción para ascender las escaleras, aprovechando que una camarera descendía por ellas.

Mientras Loreena ascendía por las escaleras, Seaner había conseguido convencer a la joven doncella para que accediese a sus pretensiones. Cogidos de la mano salieron por una de las puertas laterales, introduciéndose entre los matorrales de reios, unas plantas que formaban tupidos arbustos de hojas oscuras y campaniformes flores bancas muy apreciadas para decoración. Estos pequeños macizos eran muy estimados por los apasionados jóvenes de la ciudad, pues en el centro, justo donde nacía el tronco principal, había un sitio libre de las miradas de los demás y lo suficientemente espacioso como para poder tumbarse. Y allí se sentaron Seaner y la doncella Keenva, arrullándose como tórtolas a la luz de la luna. Justo debajo de las ventanas de las habitaciones del Duque.

Loreena se escurrió detrás de la camarera con todo el sigilo que fue capaz de desenvolver debido a las circunstancias. Después de haber abandonado la fiesta se sentía de nuevo como Lady Kereena, la mujer hechicera de sus sueños. Con pasos rápidos ascendió las escaleras, sus zapatos no hacían ruido en la alfombra de largo pelo de gator, y, al tiempo que se remangaba falda y enaguas, su corazón empezó a latir de manera vertiginosa. Sentía la aventura correr por sus venas, acababa de escapar de las garras del malvado Duque y ahora descubriría sus secretos. No se paró a pensar en las consecuencias que le pudiesen acarrear. La alegría la impulsaba a cumplir sus sueños, a ser osada, como las mujeres valientes y arrojadas de sus novelas. Ni por un momento Loreena pensó en que no saliesen las cosas como ella había



planeado. La muerte y el fracaso eran espectros que retrocedían ante la luz de su juventud y pasión.

Al llegar al tercer piso sus pasos se detuvieron y, asomando su rostro por la esquina, atisbó en la oscuridad, cosa que le pareció que empezaba a ser una mala costumbre, lo de la oscuridad, claro está, no lo de curiosear. El pasillo se prolongaba por espacio de unos pocos metros hasta llegar a la balconada que daba directamente al Lago. Tres puertas se abrían a derecha e izquierda del pasaje. La muchacha se encaminó a la puerta central de la derecha. Mirando hacia atrás comprobó que nadie ascendía tras sus pasos. Las voces y risas de la fiesta se alejaban, amortiguadas por la distancia y cierto sentimiento temerario. Avanzando con determinación esquivó con destreza las recargadas mesas de madera oriental y después de ocultarse detrás de un jarrón, sólo por precaución, se situó en la puerta correcta. Una vez allí, la miró por todas partes. Era una puerta un tanto recargada, de madera de recio roble, barnizada en tonos oscuros para que conjuntara con el resto de la decoración. El pomo de la puerta era dorado y asemejaba a una perla plateada. Sabía de esta puerta por Thabia, la hermana mayor de una de sus compañeras, la cual limpiaba en el Palacio, que le había contado donde se hospedaba el noble.

Loreena agarró con infinito cuidado el delicado pomo. Cerrando los ojos empezó a girarlo, una vuelta completa bastó para escuchar el chasquido del pestillo situado al otro extremo. El ruido fue tan escandaloso que Loreena se sobresaltó. Su corazón latió más deprisa si cabe por unos instantes mientras que la respiración se paralizaba para compensar la rapidez del órgano motor. Una vez que todo siguió en el más absoluto silencio Loreena se activó otra vez. Con movimiento fluido se introdujo en la habitación. Una vez cerrada de nuevo la puerta volvió a respirar, recordándose que aquel acto era necesario para sobrevivir.

La habitación ocupaba unos buenos seis metros por diez, lo que significaba que era igual en tamaño que el salón de la casa de sus padres. La presidía una gran cama con dosel, de excelente trabajo alsano. A ambos lados de la cama se hallaban sendas mesillas de noche y enfrente de los pies de la alcoba un inmenso arcón tenía su tapa abierta a manera de grandes fauces de dantesco monstruo marino. La habitación ocupada por el Duque daba la impresión de haber sido ocupada por una pandilla de revoltosos niños, pues todo estaba patas arriba. La ropa del Duque estaba tirada encima de la cama y de los muebles adyacentes, las botas de caza encima de la coqueta. La escri-



banía abierta y llena de papeles y bolsas de cintura. Las espadas y la armadura en el armario, el cual estaba con las puertas abiertas.

A primer vistazo Loreena no encontró el libro, así que avanzó hacia la biblioteca que se alzaba al lado del abarrotado escritorio, pues le pareció que ese sitio era el ideal para esconder un libro. Sin embargo encontró un pequeño impedimento para su búsqueda, la luz. Al igual que en la biblioteca, aquí no había mucha luz, pues todas las persianas estaban bajadas y una de las contraventanas atrancada. La poca luz que lograba atravesar las barreras apenas servía para delinear los objetos dispuestos a su alrededor. Primero intentó el truco del tacto, que tan buen provecho le había dado en la noche anterior. Pero los lomos de los libros no estaban tan bien grabados como los viejos legajos y además no podía estar segura de si el libro estaba en la biblioteca. Manoseando con parsimonia entre las bolsas de la escribanía Loreena encontró un pequeño yesquero y unas velas de larga talla. Tres intentos le costó encender una pequeña llama en la cuerda del mechero, pero tras ellos el pabilo de la vela iluminó un círculo bastante amplio.

Lo primero que Loreena supervisó fue el recargado escritorio. Entre las bolsas encontró, pasmada, decenas de monedas de oro y docenas de gemas y piedras preciosas. Contó hasta trece bolsas de monedas y siete de gemas. Por la disposición determinó que más o menos cada una de ellas contenía el mismo número de monedas o de gemas, según se considerase la mercancía deseada. El Duque tenía una verdadera fortuna almacenada en bolsas perfectamente distribuidas. Debajo de ellas se encontraban papeles y hojas sueltas con nombres y números, no era una experta, después de todo asistía a pocas clases de contabilidad, pero le parecieron cifras asignadas a individuos específicos. Recordó las palabras de Lady Kalmenta, los robos perpetrados en las montañas. Sentándose por la impresión Loreena recogió los pocos papeles y los examinó con más detenimiento, sería posible, la imaginación de Loreena volaba sin reparos, inventándose una tras otra las mayores atrocidades posibles, ¡qué suerte había tenido, se dijo!, el Duque debía ser uno de los más grandes traidores de toda la historia del reino.

Parecía que casi todas las misivas estaban dobladas en tres partes y tenían restos de cera en una de sus caras, lo que denotaba que habían sido mensajes llegados desde fuera. Revolió entre los desperdicios de un cesto, que estaba justo debajo de la mesa y encontró un trozo de papel con unas simples palabras: KR0C del Cuervo, Santene, Anocheer. El papel se lo guardó en uno de los bolsillos que tenía en la falda, justo en las enaguas. Se levantó para acometer la búsqueda en



otro lugar; pero, pensándoselo mejor, se guardó también dos bolsas de gemas y una de monedas. Nunca se sabía si las necesitaría en un futuro, y como siempre decía Varea con cara de pocos amigos, «Más Vale Prevenir».

Ahora le tocaba al armario, quizás detrás de la armadura estuviese situado el preciado tesoro, allí no encontró más que telarañas y armas largas, pesadas y voluminosas. Las bolsas pesaban lo suyo, y si además debía llevar el libro no quería cargarse con muchas cosas, además, pensó dignamente mientras se encaminaba a la cama, nunca usaría el arma de un depravado como el Duque. Miró debajo de ella y de nuevo encontró arañas y sus telas de finos hilos plateados. Se sentó en la cama abatida por no encontrar prontamente el dichoso libro. Con un suspiro dejó la luminaria encima de la mesilla y entreabrió el único cajón de la mesilla que tenía cerca, en él halló dos extraños libros y una preciosa daga. Abandonando los libros para un posterior vistazo, se centró en la daga.

Era ligera y larga, casi del tamaño de su antebrazo, contando la mano. La funda estaba diseñada para que aparentase ser un rayo, la tela era de suave terciopelo azul y los refuerzos así como la puntera estaban trabajados en un metal parecido a la plata, pero mucho más brillante. El metal formaba rayos que recorrían toda la extensión de la hoja y que se unían al propio pomo. Este tenía la cruz trabajada con forma de dignas alas de algún mitológico animal, alas cuyas plumas pareciesen rayos en miniatura caídos del cielo. Justo en el centro se alojaba una gema de gran volumen. Facetada en forma de caballete, con una gran cara octogonal en el centro y varias más rodeando ésta, la piedra preciosa reflejaba la débil luz en una miríada de destellos. Loreena se perdió en los centelleos, sin poder dejar de imaginar que se encontraba delante de uno de los famosos objetos mágicos de los que hablaban tanto las leyendas de héroes pasados. Sujetándola por la negra empuñadura Loreena se levantó esgrimiéndola delante de monstruos increíbles, que huían atemorizados al ver el cruel filo de su devastadora arma.

Giró audazmente, para sorprender al monstruo que se ocultaba detrás de la cama y al hacerlo casi tira los libros. Con la mano en el pecho se guardó el arma, de nuevo debajo de la falda y miró los libros. No eran muy grandes, no más que sus novelas de caballerías. Ojeo el primero, leyendo la contra portada.



Loreena no conocía quién demonios era el tal Kelvar, pero por si acaso fuese importante, también se lo guardó. Acomodando los objetos guardados en las enaguas para poder caminar convenientemente, se dispuso a completar la búsqueda, sin darse cuenta que de perseguir ladrones se estaba transformando en una.

Seaner y Keenva ya habían terminado sus arrumacos y en estos momentos estaban tumbados boca arriba entre las frescas fragancias de los reios. Ambos estaban satisfechos, con la ropa a medio poner, y con sonrisa boba se acariciaban. La muchacha elevó sus ojos hacia las estrellas que se podían contemplar desde su posición. Seaner besaba su níveo cuello y ella respondía a estas caricias con sonrisas.

—¿Verdad que son bonitas las estrellas? —ante el comentario, Seaner le empezó a hacer cosquillas.

—No me habléis de ellas ahora, pues su belleza se perdería en mis ojos al tener vuestra hermosura tan cerca de mí.

La dama de azules ojos rió complacida mientras se dedicaba a besar al galante mago. Este a su vez se tumbó encima de ella y rodando se golpeó contra el tronco central del arbusto. Riendo los dos se tumbaron y dejaron que el momento se prolongase.

—Mirad —dijo ella señalando con su mano al firmamento —allí nace la constelación de Roelno el Mensajero—. Seaner siguió su delicado brazo y observó el cielo en el lugar donde ella señalaba. Pero el mago no vio la constelación del dios de las alas de águila. Seaner abrió los ojos asombrado, un pabilo de luz asomaba entre las contraventanas de la habitación de su amo. Al instante siguiente Keenva se levantaba extrañada, pues el mago corría a toda velocidad por los jardines, como alma que llevase el diablo.

Es imposible, se dijo Loreena, en algún lugar debe estar el dichoso libro de cocina. Seguramente no lo habrán destruido después de arriesgarse tanto para conseguirlo. Se acercó, con la vela en las manos, al recargado arcón. Un vistazo a su interior le demostró que estaba casi vacío. Sólo había una anodina bolsa de cuero trabajado de manera basta. La bolsa tenía asa larga para colgársela a la manera de un zurrón y tenía tres bolsillos en la parte exterior. Lo cogió con cuidado y aplastándolo con las manos comprobó que estaba vacío. Manoseando el zurrón miró a su alrededor. ¿Dónde escondería ella algo si quisiese que pasase desapercibido a los ojos de todas las miradas? Con la duda en



su mente paseo arriba y abajo. Nerviosa se centró en la escribanía, abriendo todos y cada uno de los desesperantemente huecos cajones. Por fin se dirigió a la puerta, pero al coger el pomo se detuvo. Girándose su rostro se iluminó con una sonrisa de esperanza, miro a lo alto, al dosel que cubría la cama.

Abajo, la fiesta se desarrollaba como siempre había deseado el Maestro de Ceremonias. Los nobles venidos desde todo el Imperio adulaban a la organización, la cual parecía haber previsto todos los inconvenientes y había cubierto todas las contingencias. La comida era extraordinaria y había suficiente como para abastecer a un verdadero batallón de Mantos de Pasguillom. La música era extraordinaria y los ejecutantes se turnaban para que esta nunca decayese, alternando elegantes baladas románticas con vivos pasos de agitado baile. Los jardines estaban abarrotados de personas que paseaban para hacer tiempo antes de los fuegos artificiales.

En el salón principal, mientras la orquesta de viento interpretaban una sonata alegre y bailarina, los más insignes de los nobles se reunían en corros, regodeándose en la importancia que tenían para el Imperio y en lo bien que hacían las cosas. La mayor parte de la pista central estaba libre, así como las escaleras y las galerías acristaladas.

Por una de ellas el Duque observó con ceño fruncido como Seaner corría desesperado. Sus botas marcaron su carrera sobre el mármol pulimentado, destacando sus vertiginosos pasos por encima de las llamadas conversaciones. El consejero de su excelencia giró en las escaleras, atropellando a una camarera que a punto estuvo de tirar su bandeja de pequeños bocados de pescado ahumado. Su ascensión fue tan precipitada que trepaba de tres en tres los escalones. Una fanfarria de murmullos se elevó a su desaparición tras el primer descansillo.

-¿Me disculpan?, debo comprobar un asunto—. El Duque dejó a sus interlocutores a un lado. Después se encaminó a las escaleras, decidido a saber la razón por la cual su consejero había atravesado una sala a rebosar de honorables invitados, a toda carrera y, sobre todo, medio desnudo.

Con gran estrépito se abrió la puerta de los aposentos del Noble Duque. Sujetando el pomo con la mano siniestra y con la respiración agitada por la brusca carrera el secretario mágico del Duque de Nerad se detuvo por unos instantes, intentando captar con la mirada toda la



habitación al mismo tiempo. Al detectar lo que quería se abalanzó como poseído sobre la mesilla, allí estaba la vela, a medio consumir. Cogiéndola con las manos observó, esta vez más tranquilamente, la sala. Todo estaba como lo recordaba, Raldred no era dado a la limpieza y la verdad es que nunca habían intentado convencerle de la conveniencia de la limpieza en el hogar. Se paseó, impaciente y dominado por la certeza de que algo desastroso acababa de acontecer. Cuando estaba a la mitad del análisis llegó el Duque.

—¿Se puede saber qué demonios te ha ocurrido? No sabía que entre tus aficiones se encontrase el correr semi desnudo por las fiestas de la corte—. El Duque aparecía, como siempre, calmo e inescrutable. Como si en toda su vida no hubiese aprendido a mover los músculos faciales.

—Desde abajo he visto que había luz en el dormitorio, luz de velas —dijo agitando la muestra ante sí—. Y ya sabes que ninguno de nosotros encenderíamos estas velas. A menos que quisiéramos invocar demonios, claro está.

Las palabras calaron lentamente en la mente del noble. Desde luego, las velas no eran cosa de juego, ni de malgasto. Las habían comprado en una de las tiendas de la ciudad y estaban confeccionadas en un tipo de cera especial. Cera que posibilitaba que la llama de tres de estas velas se uniesen en portal místico. Desde luego ni él ni sus compañeros habrían encendido la vela. Lo que significaba que alguien que no sabía para que servían había entrado en la habitación y la había encendido.

Con una blasfemia, Raldred se aupó de un ágil salto al dosel de la inmensa cama. Constatando que el libro de cocina no se hallaba en el seguro lugar donde lo había depositado horas antes. Se dejó caer con una agilidad que desmentía su enorme peso y corpachón. Sin una palabra más salió de la habitación, seguido del atento Seaner, el cual apagó la vela con un soplido delicado. Los dos se encaminaron a las escaleras al tiempo que de estas surgía Karco, el pequeño asesino.

—Alguien ha entrado en mis aposentos y ha robado el libro—. Karco abrió desmesuradamente los ojos, quedando su rostro como el de un roedor—. Baja ahora mismo, tenemos que encontrar al ladrón. No debe estar muy lejos, mira a ver si ves a alguno de esos entrometidos de la caballería de Litner o a alguno de los agentes imperiales, no podemos confiarnos ahora.

Tras estas palabras los tres descendieron, renovando sus sonrisas y pidiendo disculpas por su breve ausencia. El pasillo se quedó solitario por unos momentos. Después de los cuales una delicada pierna



femenina surgió de detrás de uno de los innumerables jarrones de porcelana. Este recipiente dantesco, el cual sólo cumplía la función que ocupar lugar, estaba empotrado en un nicho realizado en la pared. Por suerte para Loreena este hueco era suficientemente grande como para que ella se ocultase dentro de él.

Tras esperar unos instantes, para que el noble y su séquito tuviesen tiempo para descender por completo las escaleras ella se dispuso a hacer lo mismo, pero por el lado opuesto. Sabía que los demás accesos a la planta baja daban a uno de los pasillos acristalados que rodeaban uno de los patios interiores. Una vez llegada a éstos solamente tendría la misión de escurrirse hasta una de las salidas y encaminarse a sus habitaciones.

Pero al llegar al rellano que daba acceso al pasillo de cristal se encontró con que quizás no sería tan fácil. Justo en esos momentos había varias personas reunidas en alborozado corrillo. Hablaban a voz en grito de las desgracias que habían acontecido en las tierras de Faer, donde la mitad de la flota de caladeros había sido destruida por un gran monstruo marino. Desde luego, comentaba una alsana, Loreena se percató que era la misma que anteriormente había visto probar todos y cada uno de los platos, la culpa era de las autoridades, que no habían tenido la deferencia de preocuparse de estos temas.

Loreena se deslizó detrás de estas personas y con la mayor parsimonia posible se dedicó a pasearse por el recinto. Pese a las altas horas de la noche todavía quedaban bastantes personas en las diferentes salas del Palacio. Muchas ya sentadas por el cansancio, la bebida o por ambas cosas. Risotadas agudas se escuchaban a su alrededor, mientras las conversaciones más estúpidas se hablaban en voz baja para darles un poco de seriedad. Amparándose en el número Loreena avanzó con su carga delictiva por entre las grandes personas de alto abolengo. Durante lo que le pareció una eternidad escuchó las más disparatadas colecciones de chascarrillos y realmente pensó que los nobles del reino kenion no tenían otra cosa en que pensar más que en lo gorda que estaba la condesa de Nartenet o en inventar romances para parejas que nunca se habían visto, eso sí, que nunca se hubiesen visto parecía requisito indispensable para que hubiese romance.

Y entre romance y cotilleo Loreena llegó al final del pasillo, cerca de la salida. Mirando a ambos lados se concentró en buscar a sus perseguidores. Al no hallarlos traspasó el umbral de la puerta. En el patio muchas más personas eran las que se reunían. Los arcos de flores eran cita de las personas, así como las mesas de la bebida, donde grandes vasijas de cerámica contenían ricos caldos destilados por los mejores vinateros de toda la región. Varias tarimas de músicos se alzaban



por encima de la refrescante y lozana hierba, la cual ya empezaba a sentir los abusos de muchos pies, botas, zapatos y demás calzado. De tal manera que Loreena cambió al menos tres veces de estilo musical en el trayecto del palacio a la salida de los jardines. Al salir a la calle se tropezó con una persona, pues estaba más pendiente de la fiesta a su espalda, buscando al Duque y a sus consejeros, que de donde ponía los pies.

—Lo siento mucho, ha sido culpa mía —dijo Seaner mientras se inclinaba en una graciosa reverencia de disculpa. Loreena siguió caminando por la calle alejándose del consejero con pasos tranquilos. Vaya, se dijo, no ha sido tan difícil, sujetó firmemente la bolsa, o zurrón o mochila, o lo que fuese aquello que había cogido del fondo del arcón al pie de la cama del noble y siguió avanzando, que suerte había tenido, después de todo, si no hubiese encontrado la bolsa no habría tenido donde meter el libro. Detrás de ella Seaner se quedó mirando a la dulce joven con la que había bailado su señor. No sabía por qué, pero había algo de ella que le llamaba la atención. Desde luego era bonita, se dijo, con una gracia innata que pocas mujeres podrían llegar a tener. Recriminándose su frivolidad Seaner se volvió a centrar en el problema en cuestión. Debía encontrar al ladrón. A toda costa, ese libro, en manos adecuadas, podría desbaratar todos los planes de su señor. Con un bufido vio como la muchacha del vestido rojo avanzaba con pasitos pequeños hacia la calle Real y gruñó con enfado. Allí estaba perdiendo el tiempo, seguro que si alguien había logrado entrar en la habitación, burlando todas las defensas mágicas que el propio Seaner había instalado sería un agente imperial realmente poderoso y astuto, no saldría por la puerta principal tan tranquilamente. El consejero se volvió para entrar en los jardines, pero el instante se detuvo, pasmado, esa muchacha no era lo familiar de la escena, pero sí lo era la bolsa que portaba. Después echó a correr tras Loreena, sus pasos resonando contra el empedrado. Esta, tensa mientras caminaba hasta el final de la verja de Fuensanta escuchó la enloquecida carrera del consejero y miró hacia atrás, vio aterrada la mirada asesina del mago.

Maldiciendo la torpeza que había tenido al acaparar todas las cosas que habían estado al alcance de su mano Loreena salió a la carrera, sin preocuparse ya del decoro y el camuflaje. Enseguida escuchó los pasos de su perseguidor, repiqueteando los tacones de sus botas de estilo alsano contra los baldosines de la travesía. Rápidamente se dirigió hacia la calle principal a través de la calle Real, la Vía Imperial que tantas veces había recorrido. Con una velocidad nacida del miedo Loreena sacó pronto ventaja a su hostigador, que cargaba con varias



copas y el esfuerzo realizado momentos antes con la doncella debajo de los reios.

Al llegar a una de las avenidas principales del distrito de los mercaderes la prófuga dobló esquina, apoyándose en la pared intentó recuperar el aliento que había dejado diez pasos atrás y ordenar sus ideas, completamente bloqueadas desde el comienzo de la persecución. Al instante escuchó los silbatos de los guardias, probablemente advertidos por el astuto Seaner. Mirando por la saliente del edificio observó como el consejero hablaba con un grupo de soldados de azulada librea. Rechinando los dientes se introdujo en las callejuelas de la ciudad, intentado hacer el menor ruido posible. Evidentemente que los guardias estarían alertados en pocos segundos.

De golpe Loreena se había convertido de heroína salvadora en ladrona perseguida por la ley. La verdad es que el cambio no le gustaba nada. Al pasar por una taberna los ciudadanos que en ella hablaban y reían se fijaron en ella, destacaba bastante con su traje de gala de color rojo, el rostro congestionado por el esfuerzo y una lustrosa bolsa de múltiples bolsillos al hombro, así que se dispuso a caminar tranquilamente, como si volviese a su casa después de una ajetreada noche en la corte. No podía volver a su casa, seguro que más tarde o más temprano la guardia la encontraría allí, es más, su hermano pertenecía a la guardia, seguro que él mismo la entregaría. No quería que sus padres sintiesen la vergüenza de ver como detenían a su hija por ladrona. Y no podía explicar el complot del noble hasta que no encontrase pruebas y, a decir verdad, un simple libro de cocina no constituía una evidencia muy concluyente.

Tenía que encontrar un sitio sosegado donde poder ocultarse y encontrar la verdad del libro. Pero se le acababa el tiempo y las calles. Los silbatos repetían su atronadora llamada en busca de la ladrona mientras ella llegaba a la parte final del distrito, justo al lado de las puertas principales de la ciudad. Mirando furtivamente descubrió que las puertas estaban expeditas para la salida de un grupo de cazñestas. Los guardias inspeccionaban cada uno de los grandes transportes, que a la luz de la luna pareciesen a Loreena encorvadas viejas de gigantesco tamaño, tapadas con sus velos negros para protegerse de la mirada de los astros nocturnos.

Entre los transportes Seaner miraba todos los cajones de uno de los envíos. Loreena se asombró de la gran capacidad del consejero. ¿Cómo habría adivinado que se encaminaría hasta aquí, cuando ni ella misma lo sabía al comienzo de su alocada huida? Pensó Loreena en volver por donde había venido, pero pudo ver que por la ciudad ya



se movilizaban los centinelas, con grandes faroles de mano destellando al compás de sus pasos. No podía llegar a su casa sin ser descubierta, volver a la escuela sería una locura y si la descubrían en medio de la calle de seguro que la metían en una mazmorra y la interrogaban. O peor aún, la dejaban en manos del despiadado Duque y sus secuaces. A Loreena le pareció que la cabeza le daba vueltas y que de ninguna manera este tipo de situaciones aparecía en los libros de caballerías y aventuras que había leído. Más parecía una pesadilla que un maravilloso sueño.

De golpe Seaner dejó las cazñestas con un bufido, se apartó de los comerciantes que le miraban con enconado enojo y agitó la mano hacia un grupo de guardias, que le siguieron en sumisa actitud, mientras el noble se alejaba otro grupo de soldados se dispusieron a registrar la siguiente cazñesta, detrás de la inmensa mole tirada por gigantescas bestias de cuatro patas más carretas, carros y cazñestas se desperdigaban rodeadas de vigilantes y ceñudos agentes de aduanas. Viendo la oportunidad que necesitaba Loreena se abalanzó sobre las carretas de tres plantas sin pensárselo dos veces, corriendo desesperada sobre los adoquines. Luego tendría ocasión de pensar en sus actos, se dijo mientras las miradas de las patrullas se concentraban en los carros. En esos momentos Loreena sólo pensaba en alejarse del noble y de la caza que este había desencadenado. Al llegar a una de las chirriantes ruedas se metió justo debajo de ella. Una vez allí los pies de los guardias asomaron por los laterales mientras registraban el exterior del compartimiento principal con parsimonia y profesionalidad.

—Vamos señores, que no tengo toda la noche. Estos cajones deben estar antes de tres días en la ciudad de Seenar y ya llevo retraso—. Loreena encontró un amplio acceso cerrado debajo mismo de la sección central del carromato, quizás un acceso para introducir determinadas mercancías o para poder salir rápidamente—. ¿Qué buscáis noble capitán?, os aseguro que si me lo pidieseis yo mismo os diría si se encuentra entre mis mercancías—. Loreena descorrió el cerrojo que bloqueaba la puerta y con agilidad se subió impulsándose con las manos. En el interior pronto encontró acomodo entre cajones de listones de madera de pino. El ambiente era tranquilo, sereno como contraposición al exterior, lleno de ruidos y jolgorio. Olía a telas y pieles, a cuero y sedas.

—Buscamos a una ladrona —sonó la voz del oficial, perceptiblemente molesto por la untuosidad del mercader—. ¿Ha notado algo extraño?

—No señor, nada extraño —contestó el bueno del mercader. Loreena pensó que el hombre, se lo imaginaba orondo y simpático,



era la persona más maravillosa del mundo. Por el silencio que sucedió Loreena se imaginó el rostro del oficial, girado hacia Seaner mientras este se alejaba, dudando entre registrar el contenido de la cazñesta o no. Loreena suplicó a los dioses para que le fuesen favorables y rogó para que la guardia no fuese tan eficiente como decía la propaganda de las autoridades.

—¿Qué ocurre ahí delante, menos cháchara y más trabajo, hombre? —Los conductores de las cazñestas se impacientaban y las bestias de tiro chasqueaban las lenguas con nerviosismo. El Jefe de la Puerta al ver que los dantescos animales de largo pelo podrían desbocarse, convirtiendo su guardia en un auténtico caos agitó la mano en señal de aquiescencia.

—Bien, continúe—. Movié el hombre los brazos como si un molino de aire fuese—. Adelante.

La cazñesta se bamboleó de manera peligrosa mientras la reata de caerlocks comenzaba a tirar con su enorme fuerza de la enorme carreta. Loreena se acercó al final de la gran casamata que formaba la parte trasera del transporte. Desde esta posición movió ligeramente la manta que tapaba la salida posterior para contemplar la ciudad de la que jamás había salido. Se mostraba hermosa, se dijo. Las calles estaban limpias y a la luz de la luna aparecían sus lustrosos empiedres como ríos de plata en medio de un bosque de dormidas casas. Al fondo, por encima de tejados y entre un mar de alargadas chimeneas, la enorme cascada daba al ambiente un núcleo, un principio desde el que brotasen las calles empapadas por el rocío de la noche. De pronto las tinieblas se iluminaron con un destello en el cielo. Una majestuosa flor de fuego estalló en mitad del manto nocturno lanzando destellos de vivos colores carmesíes y anaranjados que reverberaron en las calles y casa, en las avenidas y jardines.

Y mientras el mercader empezaba a entonar canciones de viaje con voz cavernosa y un poco pastosa por la cerveza Loreena se acomodó entre los cajones y sacas para ver los fuegos artificiales con los que su ciudad se despedía de ella, o al menos eso es lo que pensó ella.

Las llamas del fuego iluminaron la noche mientras Loreena se alejaba en la cazñesta. Y en el mismísimo cielo, entre las flores de fuego, un ave gritó desafiante. En sus aceradas plumas se reflejaban las chispas del ingenio del hombre. En sus ojos reverberaban las estrellas y las lunas, intentado competir contra la súbita explosión de color que iluminaba la noche de fiesta en Pasguillom.